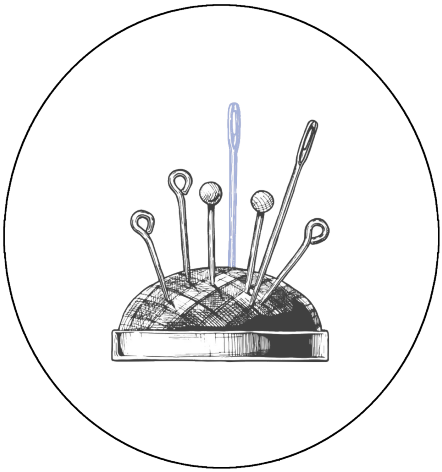
Acerico

(Columnas y artículos)



Acerico | Víctor Olaya

2020

Acerico.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2020.

1. Libros y lecturas

La topografía de la belleza

Pocas labores pueden imaginarse más inmensas y a la vez humildes que la de medir el mundo que uno habita. Pocas empresas más infinitas, más ambiciosas, más titánicas, pero también más entrañables, con el encanto de una artesanía diminuta que uno hiciera en solitario con sus manos, que la de mensurar los paisajes y los territorios frente a los que dejamos nuestras verdades. Y por ello, pocos oficios que, bien entendidos, se presten tanto al bucolismo como el del topógrafo de campo.

La topografía es ciencia exacta como pocas. El topógrafo es hombre preciso que encuentra placer en la exactitud de su cifras, en saber bien calibrado el instrumento y el pulso. Uno diría que no hay lugar para lo subjetivo ni lo íntimo en quien así va conociendo el mundo, porque creemos que para

descubrir la lírica del universo hace falta una labor menos ordenada, más anárquica, más visceral. Pero el topógrafo, que es el astrónomo de las pequeñas verdades y los mundos cotidianos, tiene en su atalaya de plomada y brújula la mejor perspectiva sobre los recovecos del paisaje, y también sobre las sentimentalidades de quien lo habita. Basta mirar un poco para darse cuenta de que, entre la frialdad de las medidas y la calidez de las sensaciones, hay una frontera delgada y permeable.

Juan José Cuadros fue topógrafo y poeta a partes iguales, o más bien fue ambas a tiempo completo, por cuanto la divisoria entre ambos desempeños es siempre difusa en alguien así. Durante sus años de servicio en el Instituto Geográfico Nacional, recorrió buena parte de España en calidad de topógrafo, llevando con él la instrumentación y el rigor del profesional, anotando en sus libretas perfiles y levantamientos, poligonales, acimuts y nivelaciones. Y cuando no tenía consigo sus herramientas, cuando viajaba sin cometido de ingeniero, parece ser que medía de igual manera su entorno con ojo milimétrico, observando como hacen los buenos viajeros, y consignaba en sus libretas observaciones de idéntica exactitud, estas más poéticas, vitales, llenas de pálpito y regusto a terruño.

El poeta, como el topógrafo, vuelve con sus notas al gabinete y allí elabora sus estrofas como aquel sus perfiles, sus libros como aquel sus informes. Con los de esos otros viajes suyos, Juan José Cuadros dio forma a algunos poemarios y,

de especial interés para quienes gustamos por igual de párrafos y mapas, obras en prosa de tinte viajero. Una de ellas, *Viaje a la Sierra de Segura*, reeditada sabiamente para que no olvidemos que tras los datos y la ciencia que sustentan un mapa hay siempre lugar para la ternura y el ensueño.

La escritura de Cuadros es, no hay sorpresa en ello, topográfica: precisa, rica, verídica, preocupada por el mínimo error y la máxima verosimilitud. Su prosa es dulce y está llena de imágenes de una certeza intensa, abstractas como las cifras que arroja el instrumental del topógrafo, pero tan nítidas y valiosas como aquellas para conocer el territorio y sus gentes.

La literatura de viajes en nuestro país nunca ha sido asunto de exotismos y hazañas. La mejor literatura que han hecho nuestros viajeros, o los mejores viajes que han hecho nuestros literatos, han sido siempre cercanos, a golpe de zancada y cayado, por caminos y pueblos y a velocidad mínima. Cuadros comparte tradición con el Pla de *Viaje a pie*, el Llamazares de *El río del olvido* o el Cela de tantas caminatas ibéricas (que acostumbraba a hablar de sí mismo como «el viajero» o «el vagabundo», mientras que nuestro autor gusta de llamarse «el andariego» o «el andorrero»), y sus relatos nómadas no le van a la zaga a ninguno de estos, ni como testimonios de una tierra y un tiempo, ni tampoco en su valía literaria.

Como otras literaturas viajeras, esta pide leerse al aire libre, es lectura de campo y paseo, de hacer alto en el camino y leer allí algunas páginas. Y que el libro abierto sea como un mapa,

como una carta para navegar por la vida, ese territorio que no podemos medir pero que la literatura, cuando se hace con tan buen oficio como esta, nos ayuda a cartografiar con precisión de infinitesimo.

Una ciudad, un libro y el gozo del disgusto

A veces es una suerte que a uno no le gusten ciertas cosas. En aquello que dicen de que sobre gustos no hay nada escrito, puede ser mayor don el no emocionarse ante algo que el saber apreciarlo, un poco como esa hermandad incómoda que uno siente con sus enemigos cuando la enemistad es lo suficientemente virulenta.

A disfrutar lo que nos disgusta ayuda mucho la literatura, de eso no hay duda. Por eso es una suerte aún mayor cuando se tienen querencias que no coinciden con las de la mayoría, o mejor aún, desencuentros con aquello que los demás encuentran apasionante, por tener uno muchas oportunidades de deleitarse en el recuento de esas pasiones que no comparte. Que exista literatura abundante sobre algo que no nos agrada no es cosa que debiera resultarnos indiferente;

es tanta o más suerte que encontrar un muestrario surtido de libros sobre aquello que nos estimula.

Leer sobre los amores que uno no siente tiene interés por varias razones. En primer lugar, uno tiene dudas sobre sí mismo. Ver la pasión de otro tan detallada, tan fundamentada, nos hace preguntarnos si acaso no estaremos equivocados, si esta incapacidad nuestra podríamos solventarla poniendo más atención, por no haber encontrado todas esas cosas tan valiosas que ahora leemos. El mundo contado por quien lo ama tiene rincones que los demás ignoran.

En segundo lugar, está el propio disfrute de la literatura, un disfrute claro, puro, que no lo enturbian las pasiones, pues ya se sabe que el amor dificulta la objetividad, y faltando este somos siempre lectores más certeros.

Y por último, encontramos en estos libros una forma más veraz de llegarnos hasta el escritor, porque en esto de la literatura a veces no son las almas gemelas, sino las opuestas, las almas discordantes, quienes mejor se entienden entre sí. Y qué mayor discordancia que la de rechazar aquello que el otro adora.

Yo tengo predilección por los libros que hablan de ciudades. Las ciudades en sí me disgustan para habitarlas o visitarlas, pero como objeto literario no tienen igual. Las ciudades tienen la virtud de inspirar literaturas que rara vez defraudan, quizás porque son tan insondables que se narran siempre con ese sesgo cándido de quien empieza a acostumbrarse a algo y cree conocerlo mejor de lo que lo hace en realidad,

pero también sabe que no pertenece a ello y que lo más probable es que nunca tenga la legitimidad para escribirlo como debiera. Yo las ciudades las saboreo en los libros, a la vuelta de los viajes, porque de otro modo no he sido aún capaz de hacerme a ellas.

Si me preguntan por mi libro favorito sobre una ciudad, que es lo que vengo a contar aquí, diré que se trata de un librito de historia, una historia muy narrativa y tangible, a caballo entre lo didáctico y lo literario. Está lleno de relatos deliciosos, de anécdotas tiernas que suenan todas ellas como de andar por casa, incluso a pesar de la magnitud de estas y de la grandeza de la ciudad donde suceden.

El libro es especial por tratar de una ciudad que aborrezco como pocas, en un país al que amo como a ningún otro. Se titula *Autobiografía de Moscú*, y lo escribe Tatiana Pigariova, que es rusa pero ha escrito este libro en español, se entiende que por transmitir a los que hablamos este idioma el amor que ella siente por su ciudad. Es probable que este libro haga que muchos se enamoren de Moscú, porque esas historias moscovitas, fascinantes y tan bien orquestadas por Pigariova, deberían ablandarle un poco el corazón a uno y dejárselo lleno de deseo de ir a perderse por aquellos lares. Conmigo, llega tarde. A mí nunca me gustará Moscú, e intentar hacer que cambie de opinión es tarea inútil. Lo más probable es que cada vez me guste menos. Tanto mejor para mí, porque puedo disfrutar este libro como merece, a salvo de la influencia de mis propias pasiones.

Los lugares y las historias que cuenta Pigariova deberían no existir, ser fantasías, o al menos adolecer de esa falta de veracidad que se sospecha siempre en toda buena literatura. Solo así se leería como se debe, sin el sesgo de saber que son reales. Deberían tener esos rincones y esos personajes otros nombres, y ser esta la autobiografía de un lugar impostado, de un artificio literario como lo son Vetusta o Yoknapatawpha, que sirva para hablar del Moscú real desde ese lirismo dulce de lo imaginado. Pero como sabemos que son ciertos, lo que uno debe hacer es no ir nunca a visitarlos, y si el viajero recala en Moscú, no tratar de buscar allí lo que este libro cuenta, como si libro y ciudad no tuvieran nada que ver el uno con el otro.

Esta *Autobiografia de Moscú* es un libro para la distancia, para leerlo lejos de allí y que sirva no más para imaginar y evocar. Yo lo leo sobre todo en días como hoy, en que sin saber bien por qué me viene algo de nostalgia y tengo ganas de ir a Rusia. Cojo el libro de Pigariova, lo abro al azar y me voy de viaje a satisfacer estos caprichos de la melancolía. Y al Moscú al que voy no es ese invivible y arduo en el que he estado tantas veces, sino uno más amistoso, sencillo de entender para quien, como yo, no sabe hablarse de tú a tú con ciudad alguna. Es otro Moscú, el único Moscú que me gusta. El que ella escribe en esas páginas.

Contratapa

Hay a quien le gusta leer los periódicos empezando por la última página y deshaciendo el camino hasta la portada. Pudiera ser porque, en esa colección de retales que un periódico es, se puede invertir el sentido sin menoscabo de la información que trae, y al hacerlo de este modo se tiene una perspectiva distinta de la actualidad. También pudiera ser por aquello que algunos dicen de que este movimiento, pasando las hojas de izquierda a derecha, es más natural —al menos si uno es diestro— que avanzando en el sentido habitual. O quizás suceda, sin más, que la lectura, como tantas otras cosas, es más gratificante cuando uno subvierte su orden natural, avanza a saltos, adelante y atrás, y se deja sorprender por los paisajes que así resultan.

Yo no leo apenas periódicos de papel, la verdad sea dicha. Suelo leer las versiones digitales, y ya se sabe que en estas no hay un orden lineal, tales son las veleidades del hipertexto.

Pero si leyera periódicos en papel, de esos de hojas grandes, grisáceas y de gramaje escaso, es probable que algunos de ellos los leyera de esta forma invertida. En particular, leería así la edición de los viernes del argentino Página 12, que es un diario que jamás he tenido entre mis manos, pero en el que, en ese día de la semana, Juan Forn escribe algunas de las mejores historias que pueden encontrarse hoy día. Leería el Página 12 desde el final por una mera cuestión de ansia, de deseo, porque es allí, en la última cara —la «contratapa» que llaman allá— donde en esos días aparece la columna de Forn. Yo iría a buscarla sin detenerme en otras noticias, con la impaciencia misma que tengo en su versión digital, y buscaría esa parte de atrás del periódico igual que ahora busco el enlace directo en mi colección de favoritos sin tener que pasar antes por ninguna otra sección del diario. Luego si acaso ya iría retrocediendo y leería el resto. O no, quién sabe; a veces las historias de esas contratapas le dejan a uno descolocado y sin más deseo que el de quedarse quieto, esperar un poco y volver a leerlas.

Los personajes de las historias de Forn son todos reales. No solo reales, sino la gran mayoría de ellos conocidos: muchos escritores, artistas, alguna que otra personalidad varia. Y aun así, tienen todos un aire de ficción inevitable, parece irreal que haya gentes con una vida tan perfectamente urdida, tan idónea para ser puesta en un relato como aquellos. Son vidas demasiado literarias, piensa uno, pero cuando lleva leídas unas pocas de estas historias, se da cuenta de que lo literario

no son las vidas, sino los mundos que Forn construye con ellas.

La buena escritura ha de ser concisa, sí, pero la vida no es concisa, es dispersa y llena de altibajos. El mayor talento de Forn es pulir la vida de aquellos que elige como protagonistas de esas narraciones suyas y dejar solo lo esencial, los momentos y los datos mínimos con los que después armar la historia. Lo hace con esas vidas y también con la escritura de otros; es capaz de volver a narrar un relato corto o una novela cuando quiere hablar de ella, y convertirla así en una nueva literatura.

Tiene algo de peligroso leer sus columnas cuando estas tratan de escritores que uno no ha leído, porque al igual que a uno le entran ganas de ir a buscarlos y leer sus libros, se da cuenta después de que esa lectura ha perdido parte de su sentido, de que el alma del texto ya se ha encargado Forn de destilarla y dárnosla en su columna, a veces incluso mejorando la original. Una suerte de «spoiler» dulce, lleno de toda la literatura de esa obra que dinamita, o quién sabe si incluso más.

La vida de Juan Forn se prestaría bien a contarse de esa misma manera que él utiliza. Ingredientes al menos no le faltarían: una familia burguesa de cuyos valores quiere alejarse, un padre ingeniero que desprecia la literatura, un coma pancreático que casi acaba con él, un retiro a la costa a modo de resurrección. No seré yo quien la cuente aquí más allá de ese apunte. Escribir sobre la historia de Juan Forn es demasiado

atrevido si uno lo hace en este formato de columna breve, y es algo que solo puede hacerlo él mismo. Algo que, por suerte, hace en algunas de esas columnas suyas que a veces tienen mucho de autobiográficas.

Lo que yo vengo a hacer aquí es simplemente recomendarles dos de sus libros, ponerles tras la pista y que ya luego sea él quien cuente el resto. Los libros son *El hombre que fue jueves* y *Ningún hombre es una isla*. Los dos están compuestos con esos ensayitos líricos que nadie sabe escribir como Juan Forn.

Sólo un aviso si son de aquellos que hojean de atrás hacia delante: la prosa y el hilo narrativo de Forn son de una exquisitez milimétrica, no sobra ni una palabra ni un giro. Léanlos empezando por la primera página.

Informe de Moscú

A los escritores se les inculca la concisión como virtud suprema. Releer y eliminar lo superfluo, condensar, preferir la frase corta y directa. Algunos son capaces de ello, a otros la poda les queda excesiva y descompensada y se llevan por delante la sustancia del texto, y hay también quienes, por confirmar con su excepcionalidad esta regla, tienen la habilidad de estirar sin límite las frases y las ideas y aún así no perder la literatura.

El problema de la concisión y la brevedad es que, si no se administra con mesura, puede llevar al empalagamiento. La vida pide algo de relleno fatuo, algo de paja vacía. Se escribe una novela, un relato, un ensayo, y si el trabajo de aquilatarla es demasiado eficaz, queda todo con sabor a aforismo, que es cosa maravillosa pero que ha de consumirse en dosis moderadas.

Informe de Moscú, de José Sbarra, ocupa ni siquiera cincuenta páginas. Son dos docenas de entradas breves de un diario directo, punzante, sin ni una sola palabra de más y sin rodeos. A primera vista es una obra sospechosa de resultar insuficiente, o bien de ser un ejercicio excesivo de contención. Sin embargo, al leerlo se tiene la sensación de estar ante un libro de la talla exacta que necesita, que es además mucho mayor de lo que aparenta. La concisión es esto: reducir lo que uno quiere contar a un puñado de páginas y que no se sienta como algo reducido, pulido, sino como algo que ha crecido libremente hasta su extensión natural.

Hay espacio para todo en esas pocas páginas. Hay un hilo narrativo, un desarrollo, unos personajes, un contexto, un universo tan diminuto como infinito. Hay pasión, amor, desengaño, verdad, mentira, belleza, sordidez. Hay testimonio político (narra el viaje de Sbarra a la URSS para trabajar en la adaptación cinematográfica de una de sus obras, en plena *perestroika*. El proyecto al final quedó parado a causa de la situación política del país), tiene narrativa viajera de una certeza y claridad sorprendentes, y está lleno de intimidad. Es violento, tierno, sincero, desgarrador y, sin duda, literario. Es, simplemente, un buen libro, un libro pequeño, sí, pero uno con el que, al terminar de leerlo, el lector siente como si acabara de pasar horas frente a una novela de cierta envergadura.

José Sbarra tuvo una vida similar a la de este y otros libros suyos, todos ellos de similar factura: delgados pero profun-

dos, concentrados pero al mismo tiempo espaciosos, literatura que respira y deja respirar. Una vida breve, intensa. Escribió narrativa infantil, artículos en revistas, guiones de televisión y teatro, y en paralelo, para sobrevivir, se ganó la vida prostituyéndose indistintamente con hombres y mujeres. Murió de SIDA a los cuarenta y seis años. El personaje, no obstante, no engulló la obra; fue solo una circunstancia, una inspiración tal vez para el estilo de sus libros, nada más.

Sbarra no vio publicado *Informe de Moscú*. El texto llegó al papel por primera vez cuando, a su muerte, su familia editó una tirada de pocos ejemplares y los repartió entre los asistentes al funeral. Esa fue durante diecisiete años la única manera de llegar a la obra. La publicación oficial habría de llegar en 2013, cuando salió de imprenta junto a *Los pterodáctilos*, otro texto ínfimo, aún más mínimo, y de una hermosura incontestable.

En una entrevista pocos años antes de su muerte, Sbarra resumía su vida de esta manera: «Porque para mí la vida siempre se dividió en drogas, sexo y literatura». Sin duda, tenía talento para ser sucinto y preciso. Sin duda, un gran escritor.

Viajar sin un rublo

El librito tiene apenas el tamaño de una cajetilla de tabaco y medio dedo de grosor. Las tapas son amarillas, del mismo gramaje que el papel del interior, y el título se acompaña de un dibujo de trazo infantil que parece representar un pájaro. Se titula *La práctica de los viajes gratuitos*, y lo escribe Anton Krotov, viajero moscovita que sabe mucho de cruzar el planeta sin llevar encima ni un solo rublo. Desde hace más de veinte años, pasa gran parte de su tiempo en la carretera dejándose llevar por quienes tengan la amabilidad de detenerse ante su pulgar extendido, come donde le ponen un plato, y duerme donde le dejan echarse.

Pero Krotov no se entrega sin más al azar de la generosidad ajena. Durante años de práctica, ha estudiado con precisión y objetividad el mecanismo que hace que alguien ofrezca a un desconocido un trayecto en su coche, un plato de comida en su mesa o una habitación en su casa donde pasar la noche,

y con ello ha perfeccionado su técnica hasta ser capaz de garantizar esas partes de su viaje casi de la misma manera que un viajero normal cuando compra un billete de autobús. Y esa sabiduría es la que ha condensado en su libro, para que todos los que quieran emularle sepan la manera exacta de hacerlo.

El libro desmiga todas las piezas de esa forma particular de viaje que Krotov practica, y llega así al corazón del hecho mismo de viajar y, en especial, del trato humano que es en última instancia el fundamento del viaje. El autostop, eje imprescindible de su filosofía, queda pormenorizado hasta sus últimos elementos: dónde situarse, qué actitud adoptar, cómo hablar con el conductor, la manera de agradecerle el trayecto, etc. Si no hay coches disponibles, no es un problema. Krotov también dedica capítulos al hidrostop o el helistop, entre otros. Cualquier medio de locomoción es susceptible de servir a un viajero con la suficiente labia y carácter, siguiendo, eso sí, las bien probadas ideas de este particular navegante.

El enfoque de Krotov es científico, frío. Nada de lirismo y nada de ese aire bohemio que uno acostumbra a ver en quienes se apostan en el arcén de las carreteras tratando de conseguir un viaje gratis. Pero en su libro, verdadera Biblia de los autoestopistas rusos, hay también el calor del dogma, de la creencia firme de que viajar según ciertos criterios es una forma superior de viaje, y de que por ello no puede hacerse a

la ligera, sino conociendo como mandatos todos esos detalles sobre los que él escribe.

Krotov asegura haber vendido decenas de miles de ejemplares su libro, lo cual es probable que sea cierto. Nadie lo ha de saber mejor que él, porque es él quien lo edita y lo distribuye, y no hay otra forma de conseguirlo más que de sus propias manos. También se venden abundantemente sus otros libros, donde narra las peripecias de sus cientos de expediciones a lo largo de toda Rusia, Asia y África, y que hacen las delicias de sus seguidores, algunos de ellos poco menos que devotos. Pero no vamos a engañarnos, esas otras obras no valen mucho. Krotov es un fuera de serie de la persuasión y el viaje gratuito, pero no tiene madera de narrador ni es un gran escritor viajero.

No obstante, para quien quiera un libro de viaje y no tenga interés en lanzarse a recorrer mundo apelando a la solidaridad ajena, quien prefiera reservar sus hoteles de la manera habitual, o quien quiera sin más quedarse en casa y leer sobre viajes, *La práctica de los viajes gratuitos* es aun así un texto fabuloso. En su estilo parco y mecánico, en su afán científico, deja sin narrar el viaje como tal y sirve como ningún otro texto para imaginarse a uno mismo viajando allá donde prefiera. Nada tan estimulante como leer sobre esas vicisitudes del viaje —la búsqueda de un transporte o de un alma caritativa que nos ofrezca un poco de alimento—, para que en la lectura nos transportemos a nuestro propio viaje y allí imaginemos todo el resto de la historia.

Krotov es el anfitrión perfecto para un viaje que no existe, para ese viaje soñado que todos tenemos. Y nos lo imaginamos así, sin dificultades, con la asistencia de todas esas buenas gentes que son el viaje en sí y vendrán a echarnos una mano si sabemos pedírselo.

Escribe Krotov en la contraportada del libro que, a fuerza de viajar, uno descubre que el mundo es amable, que la gente es hospitalaria y que en todos los rincones del planeta a uno lo acogen con agrado. Si esta es la verdad que uno aprende viajando, este es un buen libro de viajes, porque al acabarlo, más allá de la curiosidad inicial con que haya iniciado la lectura, le queda claro al lector que hace falta bien poco para echarse a la carretera y descubrir lo que nos rodea. Tal vez no despierte el ánimo viajero como otros, pero hará que veamos nuestros viajes futuros de otra manera. Y al igual que hace el buen viaje, nos convencerá de que, para quienes viajan y para quienes se quedan en casa, el mundo es en general un lugar amable, que no es poco.

2. Relatos y crónicas

Lenguas ajenas

La historia de la literatura está llena de migraciones, igual que las migraciones suelen estar llenas de literatura y, por tanto, de lenguas. «Mi patria es mi lengua», escribía Pessoa, y para quien acaba de dejar su tierra y todavía no se sabe parte de allá donde llega, la del idioma ha de ser la única patria posible, la única pertenencia en la que encontrar una identidad que compartir con otros. Si quien emigra tiene propensión a escribir sus ideas y hacer de su vida literatura, que la lengua se haga nación es algo inevitable.

Pero la lengua puede convertirse también en un amigo indeseado si es que uno no tiene con quien hablarla, más aún si es en ella que además escribe, y el idioma es entonces el recordatorio más hostil de que uno está lejos y de que el hogar de hoy día no acaba de procurarle todo el cobijo necesario.

Blagoj Todorov nació en 1880 en la ciudad macedonia de Negotino. Su madre murió cuando él era aún un niño, y a la muerte de su padre, cuando Todorov contaba 25 años, sin familia ni responsabilidades pero con una pequeña herencia,

decidió lanzarse a ver mundo. Deambuló por media Europa, pasó de Francia a Inglaterra, y una vez allí partió hacia Nueva York desde el puerto de Southampton.

Recorrió Norteamérica y Centroamérica, entró en Argentina, y habría continuado mucho más al sur de no haber encontrado a Lucía Ripelli, una muchacha algo menor que él que habría de convertirse en el amor de su vida. A esas alturas de su viaje, Todorov, de espíritu inquieto y con talento para aprender cosas nuevas, sabía ya el suficiente español como para encandilar a Lucía e instalarse con ella en el rural argentino y llevar una vida normal. Lucía y él se casaron medio año después de aquel encuentro.

La dicha, sin embargo, no le duró mucho al recién casado. Tres años después de su boda, Lucía murió de tuberculosis y él se quedó tan solo y fuera de lugar como lo estaba cuando había llegado hasta allí. El afán viajero, no obstante, se le había esfumado, y quizás porque aquel lugar era lo único que le quedaba de su mujer, decidió quedarse allí hasta el fin de sus días.

Todorov nunca echó de menos la tierra de la que venía, y no hay en ninguno de sus textos referencia a ella, al menos ninguna que incluya nostalgia. No volvió a casarse, pero a pesar de su tragedia sentimental, fue un inmigrante feliz y bien integrado que nunca pensó regresar a su patria. De sus libros se deduce sin mucha dificultad que amó esa vida argentina, sus gentes y sus verdades, tanto o más que los años en Negotino, e incluso que se sintió más argentino que

macedonio una buena parte de su vida. Su única congoja, con los años, se la trajeron la lengua y la literatura en forma de melancolía, cuando empezó a pesarle demasiado el tener que vivir rodeado de un idioma que apreciaba y hablaba con soltura, pero que nunca pudo sentir como suyo.

Todorov se dio a la escritura tarde, años después de la muerte de su mujer, aunque ella, o al menos los efectos colaterales de la ausencia, estuvo siempre como protagonista de sus letras. Empezó a escribir un diario inconexo, algo caótico, y acabó ensamblando extractos de este en una novela, *La vanguardia del olvido*, que arranca en elegía y se va convirtiendo en un recuento pausado de una vida, la suya, que poco a poco perdía el rigor del luto y era en realidad de lo más amable.

A esa primera novela le siguieron otras menos sombrías, todas ellas costumbristas y autobiográficas, y nunca abandonó los diarios. Todo esto, por supuesto, escrito en macedonio, porque nunca se sintió capaz de hacerlo en su lengua de adopción, y le dedicó a esta circunstancia, con evidente frustración, no pocas de sus páginas.

Los últimos años de sus diarios están cuajados de notas como la siguiente:

> Acabo de volver de comprar el pan. El panadero me ha dicho que yo era el primer cliente del día, y como no había nadie más, nos hemos quedado charlando. Tiene una pronunciación muy delicada, a los viejos se nos va puliendo la voz de una forma a veces muy musical. Es triste venir-

> lo a escribir ahora en este idioma mío y darme cuenta de que apenas sé ya cómo suena esta lengua en mi propia voz, menos aún en la de otros, y de que vivo en el engaño de figurarme mi habla como era antes, todavía viva, joven y llena de ritmo.

Todorov sentía orgullo por su propia lengua, pero deseaba a veces que esta no fuera el macedonio, sino el español, que juzgaba mejor para su tarea de escritor y su afán de cantarle a la tierra en la que ahora vivía y quería seguir viviendo.

Después de un paseo por el campo y de una tarde en casa de un amigo, Todorov describe en una decena de páginas lo agradable de este episodio y anota al final:

> Me gustaría poder contar esto en el idioma en el que escucho hablar a mis amigos, en la sonoridad y las voces que son las de este país y sus gentes. No sirve esta lengua mía para recoger todos los matices de esta tierra; no están hechas la una para la otra, hay entre ellas una distancia emocional demasiado grande. A veces al escribir tengo la sensación de no estar llegando así a la verdad de lo que cuento.
>
> [...]
>
> Y si pudiera escribirlo como se merece, ¿de qué serviría si nadie aquí puede entenderlo? ¿No es acaso ridículo contar la verdad de este lugar en un idioma que solo entienden quienes nada saben de estos rincones, quienes nada sienten de lo que aquí sucede? A mí me gustaría escribir para los que viven aquí conmigo, aquellos que entienden este rincón como yo lo hago, pero entonces dejaría de es-

> cribirlo para mí mismo, porque he llegado tarde a su idioma y solo tengo este mío.

Cuando recuerda la muerte de su mujer, recala sobre todo en la impotencia, esa que se siente siempre ante la muerte, solo que la suya arrastraba además la frustración del idioma.

> Quería hablar con alguien. Más que eso, quería gritar lo que sentía. Tenía dos idiomas en que hacerlo, pero ninguno me servía: uno era como pedir auxilio con la voz afónica; el otro, como hacerlo en el desierto.

Los diarios y novelas de Todorov no se publicaron, ni él hizo nunca intento de ello, pero acabaron llegando a esos compatriotas de adopción que él nunca pudo imaginar como lectores, aunque cuando esto sucedió él ya no estaba allí para verlo. A su muerte, con poco más de cincuenta años, sus pertenencias fueron a parar a Matías Ripelli, el menor de los hermanos de Lucía, que fue el único de la familia que no abandonó la región, y en quien Todorov tuvo siempre a su amigo más cercano.

El pequeño de los Ripelli sabía poco de literatura y menos aún si esta estaba escrita en macedonio, pero los cientos de páginas que su difunto cuñado le había legado le despertaron la curiosidad. Esto, y que andaba holgado de dinero después de haber conseguido levantar un pequeño emporio local de transportes, bastó para que mandara traducir uno de los cuadernos de Todorov. En realidad, el capricho de la traducción le llevó algo más de un año y no poco dinero,

no por la traducción en sí, sino por la evidente complejidad de contactar con alguien capaz de hacerlo, y por gestionarlo todo desde su propia casa, a base de llamadas telefónicas y cartas a diversos lugares de Europa, porque Matias Ripelli era hombre de su pueblo y no había puesto nunca un pie más allá de su comarca ni tenía intención de hacerlo.

Precisamente por esto, por ser tan de aquel lugar y haber destilado en él sus afectos y pertenencias, los textos traducidos de Todorov impactaron a Ripelli, que nunca antes había encontrado palabras tan acertadas para invocar esos afectos suyos por su tierra, no ya por la poca afición que tenía hacia los libros, sino porque la literatura del lugar era más bien pobre. Mandó traducir todo lo restante y, sin ningún criterio, publicó todas las obras costeando él mismo unas tiradas excesivas que, sin embargo, acabaron agotándose. Al parecer, todo el mundo en los alrededores andaba deseoso de encontrar un poeta que le supiera cantar a aquellas tierras con la lírica y el acierto de Todorov.

Algunos años después de aquello, una editorial nacional se interesó por los libros de Todorov y publicó el volumen central de sus diarios. Se hizo una nueva traducción, mejorando las deficiencias de la anterior, que al parecer no era todo lo literaria que debiera ser. Algo entendible, por otra parte.

El libro tuvo una suerte dispar y se vendió en general mal fuera de su región de origen, pero volvió a poner de actualidad la figura de Todorov en los pequeños alrededores de

aquella tierra suya. Y Matias Ripelli, como amigo, descubridor y valedor del escritor, tuvo su minuto de protagonismo cuando apareció en una breve entrevista en un periódico local hablando acerca de esa nueva edición del libro. En una de las preguntas de la entrevista se le preguntaba por esa nueva traducción, sobre si él la encontraba mejor que la que en su día mandó hacer. Y era entonces cuando Ripelli, demostrando que había entendido mejor que nadie la historia de Todorov, le hacía a su viejo amigo el más veraz de los homenajes y respondía diciendo: «No sé si es mejor o peor, pero yo no las llamaría traducciones. Lo que yo publiqué y lo que se publica ahora es el libro en su idioma original, en el que Blagoj siempre quiso escribirlo».

Apuntes sobre el rigor cartográfico

La primera en levantar la voz de alarma fue una pequeña casa de subastas que se negó a incluir el mapa en el lote correspondiente, bajo el pretexto de que aquel no era obra original de quien se decía. El estilo, perfectamente imitado a decir de los expertos que evaluaron la pieza, sí se correspondía con los trabajos de Edward Fitzpatrick, el reputado cartógrafo que sirvió a principios del siglo XVIII en la corte inglesa, pero no así las imprecisiones y errores groseros que eran sencillos de apreciar para cualquier observador ducho en los asuntos cartográficos.

La realidad que contaba ese mapa adolecía de una insultante falta de verosimilitud. Bastaba cotejar con cualquier otro de la época para ver lo distintos que eran los rincones que allí se suponían representados. La mayoría de las formas eran erróneas; la mayor parte de las medidas, incorrectas.

El fraudulento artista se había preocupado por copiar la técnica y la estética de los mapas de Fitzpatrick, pero no así su rigor, y había puesto un ridículo empeño en darle el aspecto más evocador posible. Había querido distorsionar el mundo para hacer más atractivo el mapa, un delito de lesa diligencia que ningún cartógrafo cometería con semejante desvergüenza.

La pieza no logró entrar en el mercado del arte cartográfico, y quedó como un mero objeto decorativo sin valor para el coleccionismo. Otras, pese a haber circulado hasta entonces sin despertar sospechas, le siguieron en su camino a la irrelevancia tan pronto como se destapó ese engaño y comenzaron a aflorar en manos de diversos coleccionistas trabajos similares, aquejados todos de idénticas carencias.

Unas pocas pesquisas, y se descubrió que a Fitzpatrick no le había sido encargada nunca la tarea de cartografiar tales lugares. Incluso salió a la luz una pequeña colección de nuevos mapas apócrifos en los que se recogían enclaves irlandeses, y que habían sido atribuidos a Fitzpatrick sin que nadie lo cuestionara. De ser obra del mismo usurpador, revelaban su poco cuidado en la elección de localizaciones: Fitzpatrick nunca realizó ningún mapa en aquel país, y ni siquiera lo pisó durante su vida.

* * *

A través del ventanal amplio y luminoso de la casa de los Fitzpatrick, en lo que entonces era un barrio periférico de

Londres, no se alcanzaba a ver el horizonte. Toda la vista estaba hecha de edificios y una calle ancha.

Mary Fitzpatrick pasaba buena parte del día frente a aquella ventana, recordando los tiempos en que solía pasear por esas calles y viajar con su marido, al que incluso siguió en algunos viajes de trabajo. Amaba toda clase de lugares amplios, de paisajes espaciosos. La ciudad no le disgustaba, pero prefería el campo, las pequeñas aldeas, las colinas, los bosques.

Le gustaba caminar, y en otro tiempo había sido una gran caminante. Lo seguiría siendo de no ser por su cuerpo ahora frágil.

Había olvidado buena parte de las imágenes de su infancia y juventud, pero le era fácil rememorar las caminatas de entonces y sus paisajes a través de bosques y valles. Le bastaba para ello recorrer los trazos de esos mismos caminos sobre alguno de aquellos mapas irlandeses que tanto le gustaba mirar.

No recordaba la última vez que había visto un atardecer desde una colina, pero sus mapas favoritos eran aquellos en los que podía leer el relieve, e imaginaba sobre ellos puestas de sol y amaneceres, auroras y arreboles, y cómo habrían estos de verse desde una u otra atalaya.

* * *

Hoy sabemos que esos mapas sí fueron obra de Fitzpatrick. Las técnicas modernas, a través del análisis de tintas y papeles, permiten dar por segura esta hipótesis. Pero aunque

la ciencia venga a corroborar la autoría de los trazos, deja sin aclarar el porqué de las imprecisiones y la falta de rigor de estos. Esa explicación, sospechada desde hace años y solo validada por un análisis biográfico concienzudo y el oportuno hallazgo fortuito de los diarios de su mujer, reside tan solo en la sentimentalidad del propio Fitzpatrick.

Igual que podemos afirmar que fue él quien ejecutó los mapas, sabemos hoy con seguridad que también fue él quien pergeñó esas falsedades. No hay duda de que el dibujo salió de sus manos, pero tampoco la hay de que las irrealidades y exageraciones que pintó salieron de su imaginación.

Fitzpatrick perdió a su primera mujer tras el nacimiento de su único hijo, y se casó de nuevo años después con Mary Ferguson, una joven de origen irlandés y familia acomodada. A los cincuenta años, Mary sufrió un accidente que la dejó postrada en cama durante meses, y tras el cual quedó con una salud muy débil. Tan débil que ella apenas podía salir a la calle y pasaba los días en casa, entregada a alguna de sus aficiones y mirando el tránsito de paseantes a través de la ventana.

Mujer apegada a los espacios abiertos y con gran amor por los paisajes de su Irlanda natal, su marido compró para ella algunos cuadros de pintores irlandeses y tema paisajístico, con la esperanza de que aquello pudiera ayudarla a combatir la melancolía y el enclaustramiento al que se veía obligada. Pero más allá de alguna mirada breve y una punta de anhelo de tarde en tarde, no eran las escenas irlandesas de esas pintu-

ras las que mejor servían a aquella causa. Mejor bálsamo era la literatura, en especial los relatos viajeros y algún que otro poema. Y sobre todo, los mapas. Ningún otro arte salvo el de los mapas le resultaba sucedáneo eficaz y verídico de esa realidad exterior de la que ahora se veía privada.

Aquellos, por suerte, no faltaban en casa de los Fitzpatrick. Y de la misma manera que se sentaba a leer una novela, pasaba las horas delante de un mapa, escrutándolo como si tratara de visualizar y memorizar cada rincón para luego ser capaz de imaginarse allí.

* * *

No hay razón para sospechar que Fitzpatrick leyera los diarios de su mujer, aunque es probable que supiera de su existencia. Ella no habla de su costumbre diarística como algo oculto, sino como una ocupación que debía ser bien conocida en su círculo más inmediato, por otra parte lógica y esperable para alguien en sus circunstancias. Si Fitzpatrick supo de la pasión cartográfica de su mujer no fue gracias al recuento que esta hacía de sus excursiones sobre pliegos y trazos, sino por mera observación y sin aplicar más que un poco de suspicacia. Por lo que podemos deducir de sus anotaciones, ella no se lo hizo saber de manera directa, no le habló de la evasión que suponían aquellos mapas, o al menos no con la elocuencia y la sinceridad con que lo describe en las entradas de su dietario.

Fue al descubrir esto que Fitzpatrick comenzó a crear otra clase de mapas además de los que su trabajo le exigía. Conocedor de la geografía personal de su mujer, empezó en secreto a poner sobre el papel los lugares que significaban algo para ella: escenarios de viajes que ambos habían hecho juntos, rincones sobre los que la hubiera oído hablar con emoción en otro tiempo, territorios de su infancia. Y camuflados como si fueran parte de su labor profesional, se los hacía llegar con aquella coartada para que ella pudiera después darse a su juego de exploración imaginada.

Fitzpatrick convertía en cartografía las fantasías de ella, sus recuerdos, sus ensueños. No se servía de los datos o del trabajo de campo, sino de su creatividad y su intuición cartográfica. A veces tomaba un mapa ya existente y lo replicaba, añadiéndole en el proceso los caracteres que sabía que ella encontraba más inspiradores. Exageraba la forma de un río, hacía más conspicuo un pequeño bosque. Otras, si lo que representaba era un lugar que su mujer no había visitado, inventaba todo a la medida de sus deseos. Se aseguraba así de que el mundo que ella recreara después en su imaginación fuera aquel que más emoción pudiera despertarle.

Ya no operaba como un cartógrafo, sino al otro lado de esa delgada línea que separa la cartografía de la pintura, como un pintor de territorios que interpretaba la realidad sobre el criterio emocional de su mujer.

* * *

Al cartógrafo le basta serle infiel a la realidad para dejar de oficiar como simple transcriptor de mundos y convertirse en un creador y narrador de universos.

Fitzpatrick llevaba a casa aquellos mapas como un fruto más de su trabajo, y ella los observaba de la misma manera que lo hacía con otros, acaso con más placer, pero sin intuir la falta de rigor voluntaria en que se sustentaban. Sin ese engaño, las mentiras de esas cartas dejaban de tener sentido.

Lo más probable es que Mary Fitzpatrick nunca sospechara que ese mundo que soñaba a través de los mapas de su marido era irreal y no tenía otro visitante salvo ella misma. Que existía solo en sus pensamientos y en esos papeles pintados. Que estaba hecho para su solo disfrute.

* * *

Apenas se conservan hoy un puñado de esos mapas que Fitzpatrick hizo para su mujer, aunque se sabe que fueron muchos más. No había especial razón para preservarlos y catalogarlos más allá de su atractivo estético, una vez que se aceptó como válida la tesis de que no eran obras suyas. A la mayoría hace tiempo que se les perdió la pista.

Sus otros mapas, los profesionales, los que elaboró sin el sesgo de lo emocional, aparecen de cuando en cuando en alguna subasta humilde. Se venden a precios más modestos que otrora, valorados más por la mera antigüedad que por el prestigio de su autor.

De salir a la venta alguno de aquellos que entonces fueron puestos en duda, es de suponer que alcanzaría un valor mayor, como sucede con lo desacostumbrado y con todo aquello que arrastra una historia de esta clase. Mientras tanto, los mapas oficiales de Fitzpatrick parecen ser ahora piezas menores, porque de qué otra forma podría ser si detrás de ellos hay labor y artesanía, pero no romanticismo ni ternura. Como si, a la sombra de los que creó al gusto exacto de su esposa, estos fueran más correctos, más exactos, pero hubieran perdido toda la ensoñación que siempre ha de contener un mapa.

Aislamiento

Parece algo irónico que Rusia, uno de los países donde la historia ha hecho más necesario huir y poner tierra de por medio, sea también uno de los mejor dispuestos para la huida y la desaparición. Extensiones inmensas, áreas poco pobladas y una naturaleza hostil y poco transitable forman el escenario perfecto para el fugitivo y el ermitaño.

En 1936, Karp y Akulina Likov abandonaron su hogar y, junto a sus hijos Savin y Natalia, se desplazaron hasta un lugar a doscientos cincuenta kilómetros del asentamiento más cercano, en mitad de la taiga, llevando consigo poco más que algunos enseres y unas pocas semillas. Los Lykov pertenecían a los denominados «Viejos Creyentes», una corriente fundamentalista dentro de la Iglesia ortodoxa en la que se sigue llevando a cabo la liturgia de la misma manera que en el siglo XVII. No había lugar para su fervor religioso en el contexto de la Unión Soviética de esos tiempos, así que

los Lykov, en lugar de abandonar su fe, decidieron abandonar al poder soviético y perderse en mitad del bosque, lejos de toda civilización y gobierno. Vivieron en completo aislamiento durante casi cuarenta años, sin saber nada de cuanto acontecía en el mundo. En ese tiempo, tuvieron otros dos hijos.

En 1978, una expedición científica formada por geólogos encontró su asentamiento. Desconcertados, no acertaban a explicarse cómo aquellas gentes habían llegado hasta allí, y mucho menos que fueran capaces de vivir en esas condiciones.

Los dos hijos menores no habían tenido nunca contacto con persona alguna fuera de la familia, y no era sencillo comunicarse con ellos. Hablaban una mezcla de ruso torpe y eslavo antiguo. Tras décadas aislados, los Lykov no tenían ni siquiera un caldero en el que cocinar. El que llevaron consigo en 1936 había sucumbido a la corrosión y el óxido hacía años, y no tenían manera de procurarse uno nuevo.

El hijo menor, Dmitri, después de haber pasado toda su vida en aquel medio hostil, caminaba descalzo sobre la nieve en pleno invierno. Sin arma alguna con la que cazar, corría detrás de los animales durante días hasta agotarlos, los mataba con sus propias manos y regresaba al cabo de este tiempo cargando sobre sus hombros una pieza de caza mayor. En el camino de vuelta, dormía a la intemperie sobre la nieve.

Entre los Likov y los miembros de aquella expedición que dio con ellos surgió un vínculo que fue haciéndose estrecho

con los años. Les hacían visitas, les hablaban del resto del mundo, y en la medida que las creencias religiosas de los Lykov lo permitían, les llevaban algunos víveres y objetos.

Yerofei Sedov, uno de los geólogos de la expedición, sufrió la amputación de una pierna después de no recibir el tratamiento adecuado para la congelación de uno de sus dedos del pie. El médico le recomendó pasar más tiempo al aire libre, y Sedov decidió entonces que se iría a vivir a aquel enclave remoto de los Lykov. A la soledad de lo salvaje se puede llegar sin necesidad de huir de nada, ni siquiera de uno mismo. Para entonces, de la familia solo quedaba viva la menor de las hijas, Agafia. Ella y Sedov fueron vecinos durante dieciocho años, la casa de uno a apenas un centenar de metros de la del otro.

Cuando Sedov murió, Agafia volvió a quedarse sola en mitad del bosque, donde todavía hoy vive de la misma manera que en aquellos tiempos en que tenía consigo al resto de su familia. Rechaza todas las propuestas de instalarse en algún pueblo o ciudad, donde su vida sería mucho más sencilla.

Retirarse lejos de la civilización y el mundo tampoco ha de ser necesariamente arduo, incluso si el territorio y el clima son hostiles. Y no hace falta persecución alguna para emprender ese viaje. Viacheslav Korotki es meteorólogo. Es lo que se conoce como *Poliarnik*: un experto en el clima polar. Se encarga de tomar medidas en la estación de Jodovarija, enclave del que él es el único habitante. El lugar habitado más cercano está a un par de horas en helicóptero.

La fotógrafa Evgenia Arbugaeva supo de Korotki y de su aislamiento, y fue a Jodovarija para hacerle un reportaje fotográfico. Con la escasa información que tenía, sin conocer más que la soledad de aquel hombre en mitad de la nada, esperaba encontrarse a un ser huraño, huidizo, tal vez marginado o inadaptado. Sin embargo, descubrió a una persona corriente, tranquila, que parecía vivir feliz en ese rincón remoto, pero sin que fuera ningún drama o problema lo que le había llevado hasta allí. Korotki tenía buen temple y una actitud cercana, no era un salvaje ni un misántropo.

Las fotografías de Arbugaeva, no obstante, recogen bien el aislamiento del científico, son sombrías y están llenas de espacios desiertos, todas ellas con un punto apocalípitico, como si aquel vacío fuera reciente y Korotki no fuera sino el único superviviente de una civilización en otro tiempo más populosa. En ellas, parece caminar como lo haría una persona cualquiera en un lugar menos inhóspito, rodeado de otros semejantes, sin sentir esa ausencia a su alrededor.

No se trata de un asceta, tampoco de un alguien que rehuye el contacto con sus semejantes. Confiesa que se siente incómodo en las ciudades, pero aún así va a ellas alguna vez, sobre todo a Arjangelsk, donde vive su mujer. Porque sí, Viacheslav Korotki es un hombre casado, y el suyo un matrimonio en teoría saludable que habrá quien juzgue superficial, extraño, pudiera ser que incluso egoísta por su parte, y quien lo entienda como un vínculo profundo, vivo a pesar de esas circunstancias, más humano que muchos otros más

ortodoxos. Cuando uno se acerca tanto a la soledad absoluta, las relaciones humanas tienen esta clase de incongruencias y significados imprecisos.

También tenía pareja el explorador y escritor Sylvain Tesson, pero aquella relación no sobrevivió a los seis meses que pasó aislado en una cabaña en mitad de Siberia con la única compañía de leña, vodka y literatura. Lo narra en su libro *La vida simple*, el recuento de esa epopeya de soledad a la búsqueda de sí mismo. Tesson ya había recorrido Rusia en varias ocasiones, conocía la cultura y el país, pero le faltaba estar allí sin ser parte de ello, solo de sí mismo y su entorno más cercano, lejos de todo.

Al final de esos seis meses, regresó a casa y escribió este libro, y al poco se embarcó en una nueva aventura con la que crear después otro título. Esa es su vida, una extraña suerte de soledad nómada, no menos profunda que la de ese medio año en mitad de la taiga.

Tras recorrer medio mundo y escribir un buen puñado de libros sobre sus aventuras en confines remotos, la última obra de Tesson, *Sur les chemins noirs*, es menos ambiciosa y exótica: un simple recorrido a pie por Francia, su país de origen. Lo abre reflexionando sobre el significado de esos viajes lejanos, y sobre lo fácil que es buscar algo en la distancia cuando quizás sea más sencillo encontrarlo sin alejarse demasiado. Es un canto a su propia tierra, como si se sintiera culpable de haber buscado en otros lugares el sustento emocional que necesitaba, teniéndolo por igual a la puer-

ta de casa. Y en ese caminar por las sendas umbrosas de su país, busca también el silencio, el aislamiento, la lejanía de la sociedad y los hombres.

Lo encuentra. Y tal vez ni siquiera hubiera sido necesario moverse por esos caminos secundarios, porque para estar a solas no hace falta perderse ni escaparse al último recodo del mundo. La soledad la podemos encontrar a la vuelta de la esquina, en nuestro propio rincón de cada día, aislados sin importar dónde quede el resto. Nada que temer, siempre que sepamos y podamos salir de ello.

Lo escribía John Fowles: «Las mayores distancias nunca son geográficas».

Las heridas del territorio

La cartografía acostumbra a revelar sin pudor la historia. Suele ser tan elocuente que un simple vistazo basta para entender el transcurso del tiempo. Un mapa es el corte geológico en la historia de nuestra civilización, con la diferencia de que nuestra acción es menos sutil que la de los hielos y las lluvias, y sus resultados siempre más evidentes.

La cartografía saca a la luz las incongruencias del territorio. Las inconsistencias de un mapa, los fenómenos inexplicables, lo que nos llama la atención a primera vista porque lo sabemos de inmediato extraño y fuera de lugar, todo ello rara vez obedece a un capricho de la naturaleza, sino con frecuencia a uno del hombre. Es el hombre quien marca el territorio con sus desatinos, y es el hombre quien lo resume después en una carta también llena de caprichos y sobresaltos, como un catálogo de sus propias veleidades.

En el mapa de la red ferroviaria rusa no hay otro protagonista que la ruta del transiberiano, ese trazo grueso que atraviesa el territorio como una espina dorsal. Apenas un puñado de otras líneas férreas, si acaso algunos ramales cercanos, y más allá, conforme uno se aparta de ese eje, nada sino el vacío. Por eso al cartógrafo curioso le llamará la atención una de las raras excepciones a esta verdad: el segmento solitario y casi rectilíneo que une Moscú con la remota ciudad de Vorkutá, en el extremo norte del país. Una cicatriz que sube por el oeste y no parece tener sentido, el único tren que se aventura en esos lugares. Una vía muerta de miles de kilómetros.

Vorkutá se fundó en los años treinta, tras el descubrimiento de yacimientos de carbón en los alrededores del río del mismo nombre. La explotación de la mina, al igual que la posterior construcción del tren que la conecta con el resto del mundo, corrió a cargo de los prisioneros del gulag que se estableció allí de manera simultanea a la creación de la ciudad. Se habla mucho de los gulags siberianos, pero no todos los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética se encontraban en Siberia; algunos estuvieron en lugares peores. Lugares a los que se llegaba por miles de kilómetros de vía sin retorno.

Durante treinta años, desde 1932 hasta 1962, el gulag de Vorkutá fue uno más de esos hogares forzosos para prisioneros de guerra y disidentes con los que el gobierno soviético colonizó los rincones más inhóspitos de su territorio. Cuan-

do desapareció, la línea férrea siguió en su lugar, pero fueron pocos quienes regresaron por ella. Y de quienes nacieron allí desde entonces, también son escasos los que se aventuran hoy a hacer ese viaje y dejar atrás el norte. El gobierno no facilita la tarea, y la reclusión obligada de otros tiempos no ha dado paso a una libertad completa, sino a una reclusión distinta, más laxa y de límites y barreras menos visibles.

Sobre el mapa, la línea del ferrocarril se intuye ya de una sola dirección; el territorio, visto así, deja claro que hay un sentido en el que es mucho más sencillo atravesarlo.

La historia de este gulag, como la de otros, y como la de tantos lugares así donde el hombre ha representado lo peor de su naturaleza, la cuentan el territorio mismo y quienes tuvieron la mala fortuna de caer allí. Pero aquí es también ese mapa quien da su testimonio, uno distante y sin embargo con los mismos vértigos, y viene a contarnos a su manera esas verdades incómodas.

A veces deberíamos servirnos de un simple mapa para leer el mundo y nuestra propia naturaleza. Nada de libros, nada de historias. Mirar una hoja y preguntarnos el porqué de una mera línea, de la talla de una población, de la ausencia de ciertas piezas.

Las cicatrices que vamos dejando en la geografía son el recordatorio de esas heridas en nosotros mismos que debiéramos tratar de mantener cerradas.

Rita

—¿De dónde vienes, hijo? —le pregunta la mujer al extraño, una vez que se convence de que no es peligroso.

Según contaría después, la sonrisa que vio a través del cristal de la escafandra naranja le pareció lo suficientemente sincera como para olvidar la inquietud que le causaba su atuendo.

El hombre le explica que viene de una nave, pero ella no parece entender: no hay allí ríos ni mares por los que navegar.

—Una nave *espacial* —le aclara él.

Ella le ayuda a quitarse el casco y le da de beber un poco de leche que lleva consigo.

Ahora que parecen entenderse, la mujer no puede vencer su curiosidad y le pregunta dónde está esa nave y si podría enseñársela a ella y a su nieta, con quien había salido esa mañana a sembrar patatas sin imaginar que recibiría una

visita así. Él acepta y las acompaña al lugar donde ha quedado la cápsula, a la que la abuela se asoma con asombro.

—¿Dónde puedo encontrar un teléfono? —pregunta entonces Yuri Gagarin.

Anijaiat Tajtarova y su nieta Rumiya se convierten así en las primeras personas que ven al pionero de la cosmonáutica tras su vuelo triunfal por las estrellas.

Quizás porque no le resulta familiar, Gagarin malentiende el nombre de la pequeña.

—Hola, Rita —le dice cuando la niña se presenta.

Ni ella ni la abuela le corrigen.

Anijaiat y su nieta no volvieron a ver a Gagarin, pero siguieron en contacto con él después de aquello. Desde ese día y hasta su muerte, él les envió regularmente regalos y cartas, y las mencionaría en buen número de las celebraciones posteriores relacionadas con su gesta.

Ellas, por su parte, convertirían el 12 de abril en la fecha más señalada de sus calendarios. Todavía hoy la familia conserva la tradición de felicitarse entre ellos al llegar ese día, y con rigor de ritual pagano plantan todos los abriles patatas en la misma parcela cerca de donde Gagarin aterrizó cincuenta años atrás.

La historia está hecha de grandes estrellas y planos deslumbrantes, pero su tramoya la mueven personajes menores para quienes ese papel no tiene apenas peso ni fatiga. Y es en ese rincón confortable de la inmortalidad donde mejor se saborea ser parte de la biografía del mundo.

El cosmonauta ruso Vladimir Dzhanibekov, aficionado a la pintura tras dejar atrás sus años de carrera espacial, pintó el momento en un cuadro titulado *Encuentro de dos mundos*. Conocía por terceros la historia, pero no así a sus protagonistas.

Dzhanibekov y Rumiya se vieron por primera vez en 2011 en un evento académico al que ambos habían sido invitados. En el pasaporte de ella seguía apareciendo ese nombre, Rumiya, pero desde aquella lejana tarde de abril, solía pedir que no la llamaran de esa manera, sino Rita.

—Me lo puso Yuri Gagarin —le explicó orgullosa.

Sretenka 9

La última vez que estuve en Moscú, la cadena rusa de libros *Dom Knigui* tenía en el número 9 de la calle Sretenka una de sus tiendas. Me pareció una bonita coincidencia, toda vez que fue allí, en esa misma dirección, donde setenta años antes estuvo situado el hoy desaparecido Museo del Libro Infantil.

Había leído sobre aquel museo y no llevaba otro propósito más que curiosear el lugar, pasar por delante, mirar la fachada, jugar un poco a esa nostalgia impostada de los lugares que uno cree añorar sin haber siquiera llegado a conocerlos. Pero ya que el destino hilvanaba las cosas con tan acertado capricho, aproveché para entrar y mirar algunos libros.

En Rusia, el imaginario de la literatura infantil se nutre todavía de las obras de antaño, como demostraban los álbumes de Chukovski o Marshak, las grandes figuras soviéticas del género, que encontré en la modesta sección infantil de

la tienda. En sus ediciones originales, aquellos mismos libros estarían sin duda en las estanterías de ese museo hoy sustituido por esta otra clase de almacén literario.

No tenían, sin embargo, ningún libro de Yakov Meksin, autor menor que escribió en aquella misma época unos treinta libros de poemas para niños. Tampoco estaba su tratado pionero sobre las ilustraciones en los álbumes infantiles, descatalogado desde hace décadas a pesar de la relevancia que entonces tuvo. Pero lo que sí estaba en cierta forma era la huella de su obra maestra, que no era un libro sino muchos, y que vivió en ese mismo edificio bajo la forma del museo que él fundó y al que dedicó los últimos años de su vida.

Enamorado de la literatura infantil, Meksin consagró a ella toda su carrera. Escribió libros, publicó estudios sobre el tema, fundó editoriales y revistas para niños, organizó exposiciones dentro y fuera de la Unión Soviética, y en 1934 fundó y dirigió el primer museo del país dedicado al libro infantil. En la tercera planta de ese edificio en Sretenka 9, donde organizaba sin descanso toda clase de actividades para pequeños lectores y adultos aficionados a esa misma pasión suya, llegó a recopilar más de sesenta mil volúmenes.

Habrían sido más de no ser porque el 9 de enero de 1938, en el apogeo de la Gran Purga estalinista, Meksin fue acusado de actividades contrarrevolucionarias y condenado a ocho años de prisión. Moriría cinco después en un campo de trabajo en el lejano este ruso.

Como tantas otras, las acusaciones que llevaron a Meksin a un Gulag no tenían apenas fundamento, e igual de injustificada fue la decisión del gobierno soviético de no acabar solo con él, sino también con su trabajo. El museo fue cerrado bajo la ridícula acusación de ser una entidad apolítica, y su fondo bibliográfico puesto en manos de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS, que en teoría habría de ocuparse de administrarlo. En la práctica, la gran mayoría de los libros se perdieron por el camino.

No hay a día de hoy en Rusia un museo como el que Yakov Meksin puso en marcha, ni una colección de libros infantiles del mismo valor que la que él consiguió atesorar. Y el destino, al parecer, ya no se anda con tanta sutileza a la hora jugar con su memoria como lo hacía en esos días de mi última visita: la librería ha desaparecido, y en su lugar hay hoy una frívola tienda de *delicatessen*.

Hierbas

Con el mundo al ralentí, las ciudades se nos han llenado de pequeñas plantas silvestres. Aparecen en los caprichosos ángulos entre las aceras y los edificios, en el pequeño oasis de tierra que deja la falta de un adoquín, incluso en el asfalto no lejos de un bordillo.

Malas hierbas, dicen quienes además de fealdad ven en estos puñados de verde una señal funesta de abandono, el recordatorio de que los últimos tiempos no le han sido propicios a nuestras rutinas. Otros, por el contrario, se apresuran a reivindicar el valor de esos vegetales humildes, fundamentales para la biodiversidad y el equilibrio ecológico aun si su estética es cuestionable desde el aséptico canon de belleza de las urbes. Armado con una tiza, un botánico francés se echó a la calle a etiquetar todas esas supuestas malas hierbas y darles así, a golpe de taxonomía, el rango que merecen.

También se dieron a crecer sin control las hierbas apenas un par de meses después de que yo me instalara en este pueblo. El jardín de una de sus casas, bien cuidado en esas primeras semanas, se fue convirtiendo en un vergel salvaje sin que nadie viniera a ocuparse de acicalarlo. Supe después que el dueño, a quien ni siquiera había tenido tiempo de conocer, acababa de morir. Ante la vista de aquella vegetación tan llena de vitalidad, dejé anotado en mi diario: «Se confirma que la vida de unos es señal de la muerte de otros».

Aquí no hacen falta circunstancias excepcionales para que las hierbas se aventuren a las carreteras; en todas ellas, estrechas y poco transitadas, hay siempre un eje de verdura inevitable. En la primavera, en esos islotes de mitad de la calzada, incluso se asoman algunas flores muy blancas que mi hija gusta de señalar cuando paseamos juntos. Al contrario que en las ciudades, no son síntoma de ningún olvido, sino de la tranquilidad de la vida en estos lugares, del paso comedido y justo de vehículos e historias.

Otras plantas, tanto aquí en el campo como en las ciudades, han perdido su vigor en estos días. Para encontrar estas hay que levantar la vista y buscar en los balcones las macetas secas, indicios de una falta tristísima, la de quien se ha ido y no vendrá ya más a regarlas como entonces. La muerte de unos corre en paralelo a la de otros, eso habría que escribir ahora.

Hoy son las hierbas y plantas, mañana serán otros símbolos distintos. Nos escribimos en todas esas grafías involun-

tarias del paisaje, en las que cada día publicamos puntuales nuestros ritmos. Al igual que hacemos con las palabras, con ellas acertamos a contar, para bien o para mal, el espectro completo de nuestras emociones.

El juego es aprender a leerlas, a desovillar a través de ellas el relato que hay siempre a nuestro alrededor. El sentido de la vida no está sino en su narrativa. Es allí donde encontramos el consuelo de al menos ir dejando tras de nosotros esta otra suerte de literatura.

3. Viñetas personales

Lazadas

Visto en fotografía, años después y con la madurez que me faltaba entonces, el brazo amputado de mi abuelo luce mucho más perturbador de lo que lo recuerdo en mi infancia. Lo hace en los retratos veraniegos de ropa ligera, donde se le asoma de la camisa aquel muñón tan breve, pero también en los de tiempo frío, vestido con jersey, en los que llama la atención la fantasmagoría de una manga flácida y sin nada en su interior que desciende hasta perderse en el bolsillo del pantalón, allá donde él la anclaba con una punta de vanidad no exenta de un cierto humor negro. Nunca, cuando niño, encontré aquello extraño ni incómodo. Ni siquiera le pregunté a mi abuelo por qué él, a diferencia de los demás, tenía un solo brazo. Más aún, creo que ni siquiera me lo pregunté a mí mismo.

Supe después, cuando ya él había muerto, que el brazo lo perdió en la guerra, que apenas era mayor de edad cuando

aquello, y que el trance de una amputación en tiempos así, como cabe esperar, fue doloroso. Y aunque no se lo oí contar a él, escuché decir que, cuando este tema del sufrir salía en la conversación, se apresuraba a comentar que sí, que fue un tormento horrible, pero que no era lo peor que había padecido. Ese dudoso honor le correspondía a aquel día en que una supuesta víbora le mordió en un tobillo, y el galeno que lo atendió, a falta de antídoto, estimó como solución más adecuada que metiera la pierna en un balde de agua hirviendo. Eso, decía, había sido peor tortura.

Aprendí también la historia de una fotografía suya que había visto en casa, una en la que aparece bebiendo de una jarra de cristal. Se la habían hecho en una competición de bebedores de cerveza, de las que al parecer ganó más de una.

Yo no recordaba haberle visto nunca beber cerveza, todo lo más un vaso de vino en las comidas, pero quién sabe, quizás la memoria de un crío no guardase como es debido esa clase de asuntos. Mi madre y mi tía me confirmaron que aquellos recuerdos no eran errados, porque mi abuelo, hombre de paladar sufrido, acostumbrado como tantos a las escaseces y miserias de la posguerra, comía y bebía lo que hubiera sin quejarse, pero había una única cosa que le disgustaba: la cerveza. Y sin embargo, sabedor de que tenía cuerpo y sed suficiente para aquellos retos, participaba en ellos porque en esos tiempos no tenía otra manera de llevar a casa las pesetas suficientes.

Con estas pinceladas y otras similares, le queda a uno una historia jugosa, con su pizca de drama y redención, su heroicidad doméstica, mucho más de lo que necesita un nieto para sacar pecho y orgullo familiar. León Felipe escribió aquello de «un mi abuelo que ganara una batalla», y no hay duda de que yo tuve uno de tales, aun si la única batalla en la que se puede decir que venció mi abuelo es la que luchó contra sí mismo y su circunstancia.

A pesar de todo ello, la hazaña de él que más me impresiona y más recordaré es la misma que ya me maravillaba en aquellos años de infancia, cuando aún no conocía el resto de su historia: con una sola mano, mi abuelo era capaz de hacer unas lazadas perfectas en sus zapatos. Y no solo en los suyos, sino también en los míos, con una soltura que yo, que aprendía entonces con torpeza mis primeros nudos, no era capaz de igualar a pesar de tener dos manos para ello.

Me acuerdo de las lazadas tan bien compuestas que hacía mi abuelo, un prodigio más valioso que todo ese linaje suyo de esfuerzos y penurias. Su historia de superación la resumía así, en el bucle simétrico y preciso que dejaba en mis pies antes de darme su única mano y llevarme de paseo.

Me acuerdo mientras mi hija llega a casa del colegio y se quita sus zapatillas sin cordones, de esas que se ajustan con la ayuda mucho menos poética de unas tiras de velcro, y cuando después hablamos por teléfono con mi padre, su abuelo, y nos dice que se ha sentado a beber una cerveza.

La épica grandiosa da bien para la cinematografía y la novela, pero lo que apuntala la felicidad y la nostalgia son los detalles mínimos, las conquistas discretas. No viviremos mañana en el recuerdo de nuestras gestas, sino en el de nuestros pequeños gestos.

Lección de flamenco

En aquel entonces yo tenía una amiga que trabajaba algunas tardes como voluntaria en un proyecto de Cruz Roja con niños desfavorecidos. Un día me preguntó si me importaría pasar una de esas tardes y darles a los chavales un concierto. A veces, dijo, hacían esa clase de actividades culturales con ellos, y estas acostumbraban a ser bien recibidas. La idea me gustó.

Un par de semanas después, me planté con mi saxofón y mi guitarra flamenca delante de veinte o treinta muchachos, gitanos casi todos ellos, dispuesto a interpretar frente a aquel público tan poco habitual un popurrí igualmente heterodoxo de canciones. Así, con algo de variedad, pensaba yo, sería más probable que el número acabase convenciéndoles.

Debían estar avisados de la actuación. Al verme llegar, antes siquiera de hacer presentaciones, cogieron cada cual

una silla y se dispusieron ordenadamente como quien va a escuchar una lección.

La sala tenía un reproductor de CD, yo lo sabía porque le había preguntado a mi amiga por aquello. Puse uno que había preparado con bases de estándares de jazz, y me arranqué a tocar sobre aquel acompañamiento.

Aplaudieron al final de la primera canción y el aplauso sonó sincero. No eran la clase de público que tiene un gesto así por compromiso. Yo diría que la música no les entusiasmaba especialmente, pero sí el instrumento. Quizás por la sonoridad, bien distinta de cuando uno lo escucha en una grabación, o tal vez solo fuera cuestión de exotismo.

Uno de ellos se levantó y vino a tocar las llaves. No pidió permiso para ello, tan solo se sirvió del instrumento como quiso, y yo le dejé hacer. Otro, envalentonado por el gesto del compañero, siguió sus pasos y también se acercó. Un tercero preguntó si le dejaría soplar. Yo puse una nueva canción en el CD y comencé otra pieza.

Callaban mientras yo tocaba, pero en los descansos hablaban sin parar e insistían ahora todos en que les dejará probar el saxofón. Me había preparado algunas ideas para contarles, para que no fuera simplemente una actuación musical: explicarles de dónde venían esas canciones, cómo era aquello de improvisar, esa clase de cosas, con idea de hacer más ameno el número. Pero solo la música los mantenía tranquilos y atentos, así que me limité a tocar.

Hice cuatro o cinco temas, y entonces me pareció que era el momento de pasar a la guitarra. Ahora el instrumento ya no les llamaba la atención, y en la preparación, al contrario que antes, guardaban silencio y miraban con más desidia que curiosidad. Fue cuando empecé a tocar que se lanzaron a hablar.

—Bah, no tienes ni idea —se apresuró a decir uno.

—Mi padre toca mucho mejor que tú —añadió su compañero.

—Yo conozco a Fulano que te da mil vueltas.

No hubo ni uno solo que se quedara sin hacerme saber su ponderación de mi toque, inevitablemente negativa.

Allí estaba yo, convencido unos minutos antes de mi legitimidad musical, perdiéndola de pronto frente a un puñado de niños irreverentes. Porque las formas no eran las idóneas, pero lo cierto es que no les faltaba razón en cuanto decían: lo más probable era que hubieran escuchado a muchos guitarristas flamencos con mayor talento que yo, y quién si sabe si así, a fuerza de ser testigos de ese buen hacer, comprendían aquel arte mucho mejor que yo aun sin necesidad de practicarlo. Me dije que aquella quizás no había sido la mejor elección de instrumento y forma musical, y qué a quién se le ocurría.

No me atreví a contestar nada, pero mi amiga les amonestó largamente al final de la primera canción. Ante la recriminación, moderaron la critica y se mostraron algo más ecuánimes. Reconocieron que no era tan malo lo que yo

hacía, que tocaba bien, que incluso les gustaba, pero que no era mejor que lo que habían oído ya en otro contexto. Y siendo así, qué sentido tenía que yo fuera allí a ofrecérselo, si no era nada novedoso, exótico, o al menos de una excelencia superior a lo que hasta entonces habían encontrado. Venían a decirme que esperaban de mí algo especial, excepcional, ya fuera por ser sublime o simplemente por serles desconocido, y que si no era de esa clase mi espectáculo, mejor ahorrarles el trance. No creo haber tenido nunca una crítica tan honesta.

Toqué algunas canciones más, ahora ya en silencio, sin que tampoco hablaran cuando yo hacía una pausa entre ellas. Me despidieron con un aplauso que me sonó sorprendentemente entusiasta, y salí de allí con tan poca ceremonia como había llegado.

—Tranquilo, que les ha gustado. Te lo digo yo que les conozco —me dijo mi amiga, tratando de minorar el sinsabor de lo ocurrido.

Pero el sinsabor no era tal, porque yo no había ido en busca de confirmación ninguna, sino a hacerles pasar un rato a esos chavales, acaso despertarles alguna inquietud, y en esa misión no creía haber fracasado.

—Seguro que han aprendido algo —insistió.

Llegué a casa y toqué un poco la guitarra, como por recordarme a mí mismo el valor de mi propio quehacer musical.

No sé si aquella tarde esos chicos aprendieron algo de mí. Yo, sin duda, me llevé de ellos una lección importante.

Por el nombre

Mi hija parece haber heredado mi gusto por la toponimia, esa suerte de poesía que encontramos quienes leemos los mapas buscando a partes iguales geografía y literatura. En lugar de ejercitar su querencia en un grueso atlas como el que yo tenía de niño, y en cuyas páginas finales venían listados un sinnúmero de topónimos, ella se sienta frente al ordenador portatil y busca en una web de cartografía palabras que le resultan graciosas, por ver si hay quien se haya servido de ellas para nombrar el territorio. La mía era una búsqueda de exploración, un vagar por la enormidad de un índice a la espera de descubrir en él algo valioso; la suya es más dirigida, le basta definir lo que le interesa y luego tan solo verifica que el mundo lo contenga. A fecha de hoy, su rincón favorito del planeta lleva el nombre de "Pepino".

Una vez, en mitad de un viaje, visité una pequeña ciudad tan solo porque me atraía su nombre. Era uno de esos viajes

más venturosos de mis años jóvenes, cuando me echaba al mundo con una mochila y una guía de viajes, y sobre la marcha iba improvisando la ruta y el destino. Vi aquel nombre en el mapa, me llamó la atención, y decidí que debía ir hasta ese lugar para ver si la realidad le hacía honor a la toponimia. Suena ridículo, pero a esas edades uno conserva todavía demasiadas convicciones erróneas sobre el acto de viajar.

Me abstuve de buscar más información sobre la ciudad, compré un billete de autobús para hacer el trayecto, y en algo más de tres horas llegué a un lugar donde no parecía haber nada de interés. Mi guía de viaje confirmó que aquella primera impresión era acertada: sus páginas no le dedicaban ni una sola línea.

Deambulé por cada calle y no vi nada que valiera la pena. El único hotel que encontré era caro y ruinoso. Comí en un restaurante insulso sintiendo que debía estar en un lugar distinto y cené en otro igual de descafeinado con la misma sensación.

La experiencia, sin embargo, no me dejó tan mal regusto. Estar donde a uno no le corresponde, llegarse hasta donde no se tiene nada que hacer, puede tener su cierto atractivo. Y como tantas otras lecciones cuando de viajar se trata, esta la aprende uno mucho después, no en la propia visita, sino en la inconsciente rumia posterior de aquellos momentos.

Mientras mi hija juega a buscar topónimos curiosos en el portatil, pienso en hacer lo propio y regresarme a aquella aventura, introducir el nombre que tan llamativo me pare-

ció entonces y verlo de nuevo escrito sobre un mapa como cuando me cautivo por vez primera. Descubro, sin embargo, que no tengo manera de hacerlo. La pasión y la memoria adolecen muchas veces de una irritante falta de sincronía: aunque en otro tiempo fue lo unico de ella que me atrajo, hoy soy incapaz de recordar cómo se llamaba esa ciudad.

Mi mejor fotografía

Habíamos ido los amigos de viaje en coche, y a mitad de camino paramos a echar gasolina en un lugar sin interés. Era un sitio vulgar, triste. Por registrar el momento, se me ocurrió tomar una fotografía de la carretera por la que veníamos, una estampa a la que ni el artista más capaz sabría sacarle valor alguno. A uno de mis compañeros, un dedicado fotógrafo, le pareció una elección tan ridícula que se acercó enfadado a decirme que por qué hacía aquella fotografía. Eran además los tiempos del carrete y el revelado, cuando un gesto así suponía además consumar un gasto. No supe qué responderle.

Nunca he tenido talento para la fotografía. He asumido hace tiempo que carezco de todo gusto estético y soy incapaz de hacer fotografías atractivas, pero las sigo haciendo de vez en cuando con el único propósito de tomar una nota rápida, como un apunte en el margen de lo vivido. No supe qué

responder entonces, pero hoy me justificaría diciendo que el único interés que tengo al hacer una fotografía es ese mismo: dar soporte a la memoria el día de mañana. Y puesto que las más de las veces ese refuerzo no se apoya en la imagen en sí, no tiene que ver con la luz, el encuadre o el contenido, y no es asunto visual sino de contexto, apenas presto atención a lo que fotografío o a la manera en que lo hago, igual que no me esmero en mi caligrafía cuando anoto la lista de la compra.

Hoy me vino la nostalgia y me puse a mirar viejas fotos. Encontré las de aquel viaje y me sorprendí al ver que la mayoría de ellas me parecían extrañas, ajenas. No reconocía los lugares, no era capaz de poner ni un solo nombre. La única imagen que conseguía traerme un recuerdo nítido era la del páramo alrededor de aquella gasolinera. Y desde allí, siguiendo una pista sin demasiada lógica, podía alcanzar con parecida nitidez los recuerdos de otros lugares mucho más hermosos dentro de aquellos días, lugares que no guardé entonces en fotografía alguna, pero que ahora sí puedo encontrar en mi memoria.

Si el valor de aquella instantánea se ha de juzgar por su relevancia estética o por la artesanía que hay en ella, probablemente sea difícil encontrar una fotografía menos valiosa. Pero si ese mismo valor se ha de medir por lo que representa o la capacidad que guarda de evocar el tiempo en que fue disparada, aquella es probablemente una de mis mejores fotografías. Porque su cometido no fue otro que despertar la

indignación artística de mi compañero de viaje y procurarme una regañina por mi falta de criterio. Porque su verdadera razón de ser no fue sino granjearme la amonestación de un amigo cercano, un reproche lo suficientemente doloroso como para quedar marcado y dejar un hito fácil de identificar dentro de aquellos días de viaje.

El objetivo de toda creación no es sino jalonar de señales nuestra historia. Lo creado es un marcapáginas que nos permite recuperar con mayor acierto posiciones antiguas donde dejamos parado algún relato, una regla mnemotécnica de la que nos servimos para persistir en el recuerdo un saber fugaz que quiere escaparse y que conviene retener.

Si se tiene la destreza necesaria, ese marcapáginas alcanza a servir para que otros refloten sus ayeres aun si nada saben de nuestra circunstancia; la evocación de la que son capaces sucede de igual modo sin el concurso de nuestro bagaje. Creaciones así son más escasas y pertenecen a esa esquiva categoría que denominamos arte.

Gané la luz

Una de las mayores decepciones de mi vida me la llevé con apenas diecisiete años, una mañana de verano en el poco reseñable pueblo zamorano de Tábara. Tábara es un pueblo sencillo sin ningún interés particular, donde un día de 1884 vio la luz el poeta León Felipe. Con aquellos diecisiete años, y al igual que sigo haciendo ahora, yo profesaba una peculiar admiración por él desde que algunos años antes descubriera su poesía. Y fue allí, a Tábara, a donde aquella mañana de verano convencí a mi padre de llevarme para poder así satisfacer mis inquietudes literarias.

No contaba yo en aquel entonces gran experiencia viajera, y desconocía que no hay error más fatal que anticipar los lugares a los que te diriges e imaginar las emociones que esperas sentir una vez llegues. Mientras durante el camino pensaba en lo que me aguardaba y creía preparar el terreno para una inminente epifanía, en realidad iba sentando la

base para un decepcionante encuentro con una realidad muy distinta de la que mi juvenil ilusión había soñado.

Supe desde nada más llegar a aquel pueblo que ese no era el lugar que creía. Había pocas señales que delataran cualquier tipo de orgullo por su ciudadano más relevante. A cada esquina esperaba por fin hallar un símbolo que demostrara que aquel era el sitio tal como lo había imaginado, una señal inequívoca, pero aquello no sucedió. Encontramos un colegio con su nombre y, después de preguntar a un par de personas, llegamos a una casa con una placa que indicaba su lugar de nacimiento. Eso fue todo. Aparte de aquello, nada era distinto a otro pueblo, no había más huellas de su paso.

¿Dónde estaban las estatuas[1] que yo iba buscando, o tal vez las estrofas escritas en letras grandes en uno y otro lugar como celebración del viejo poeta? ¿Dónde podía encontrar guiños a sus poemas, a sus personajes y figuras, todas tan fáciles de tomar para crear mil y un objetos que honrasen su legado?

Perdí pronto el interés por seguir buscando. Mi padre insistió en dar otra vuelta, pero yo sabía que no había ya nada que pudiera encontrar. Porque no eran los símbolos lo que en realidad yo echaba en falta, sino un cierto espíritu poético, un intangible de palabras grandiosas y llenas de significado que aquellas calles y aquellas gentes no poseían. Tábara se

[1] En el año 2000, el ayuntamiento de Tábara erigió una estatua homenaje al poeta. Supongo que, de haberla encontrado allí en aquel momento, tampoco habría cambiado en nada mis impresiones.

me antojó un lugar cuya verdad no había de ser escrita con poesía ninguna, un entorno donde alumbrar poemas resultaba particularmente desangelado. No me faltaban allí efigies de León Felipe, retratos de León Felipe o bronces con los versos de León Felipe. Me faltaba la pasión de León Felipe, la humildad valiente de León Felipe; me faltaba la poesía de León Felipe.

A veces uno olvida que los hombres más grandiosos o las gestas más heroicas nacen y tienen lugar en sitios comunes, y que son esos hombres y esas gestas quienes por un momento dan un nuevo valor a esos lugares, un valor fugaz que acaba desapareciendo las más de las veces. En Tábara, la luz que en su día dejara el poeta hacía ya tiempo que, para mis ojos de adolescente ilusionado, se había extinguido sin remedio.

Tábara y aquel día de mi juventud quedaban muy lejos en tiempo y espacio cuando hoy cogí un tren a miles de kilómetros de allí y encontré en el asiento de enfrente a un hombre que leía un libro de León Felipe: *Ganarás la luz*. Era un ejemplar pequeño, un volumen de bolsillo de papel parduzco y con aspecto muy viejo, probablemente alguna edición sudamericana. La escena era tan inesperada que al principio reparé únicamente en el libro y me esforcé en descubrir disimuladamente sus detalles, intentando atisbar algo más de su cubierta cuando el hombre pasaba una página y movía los dedos dejando a la vista alguna parte antes oculta de esta. Después empecé a darme cuenta de lo peculiar de aquella situación, en otro país lejano, con un idioma distinto,

y con un hombre que leía un libro en castellano que distaba mucho de ser algo habitual en un lector viajero por aquellos lares.

Pensaba en ello con la vista perdida sobre el libro, como tratando de leer a su través, y al cabo de un rato el hombre debió darse cuenta y me lanzó una mirada intrigante.

—Buen libro —le dije, como tratando de explicar mi curiosidad mientras hacía un gesto de aprobación con la cabeza y lo señalaba.

—¿Hablas español? —respondió en castellano con una pronunciación inequívocamente extranjera, y con menos sorpresa de la que tal vez yo esperaba.

—Sí. Soy español.

Él se limitó a asentir con la cabeza dejando entrever una sonrisa.

–Me gusta —añadió mientras movía lentamente la cabeza y me acercaba un poco el libro.

—Yo he estado en Tábara, donde nació —dije sin saber el porqué—. Pero no es muy interesante.

Respondió con una inesperada cara de curiosidad, abriendo mucho los ojos pero sin decir nada. Después echó un rápido vistazo al libro como para recordar el número de página y lo cerró lentamente. Y sin darme oportunidad de continuar con aquella conversación, perdió la vista en el paisaje al otro lado del cristal, dándome a entender que no tenía interés en seguir hablando.

Con extraño gusto, empecé a recordar lo poco que se había grabado en mi memoria de aquella mañana. Recorrí en mi mente las imágenes vagas de algunos lugares y recordé el momento en que encontramos aquella placa ya casi sin emoción alguna. Por primera vez desde ese momento, tuve también algo de orgullo de haber estado allí, una certeza de que había valido la pena el viaje y que ahora, a pesar de que aquel hombre no parecía estar demasiado interesado en mi aventura, me hacía alegrarme de un día haber visitado ese lugar. Más aún, la reconfortante revelación de que, pese a entonces haber creído que volvía sin nada, realmente no salí de allí con las manos vacías.

Las deudas morales pueden pagarse en una moneda distinta a la recibida, y a veces uno lo hace sin apenas quererlo, en un momento involuntario en el que de pronto te asalta la sensación de haber dejado atrás una afrenta hacia ti mismo de la que creías que ya no podrías resarcirte. Y basta una breve conversación con un desconocido para sentirse en paz con algunos de los muchos demonios que guardas dentro.

Cuando el hombre se bajó en su parada sin siquiera despedirse, me sentí de pronto en paz con ese pequeño pueblo al que probablemente nunca vuelva, y también con mi padre que aquella mañana me siguió pacientemente por sus calles en busca de algo indefinido. Me sentí en paz con la memoria de alguien a quien nunca conocí pero de quien aprendí tanto, y con cada uno de sus versos que había leído y releído hasta ese momento durante ya muchos años. Y, sobre todo,

me sentí en paz con ese poco de fe que entonces creí haber perdido mientras volvía a casa decepcionado, y tuve un dulce regusto de labor bien realizada, una satisfacción de deber cumplido.

Empezaba a ser tarde cuando llegué a mi parada y no tenía un lugar donde quedarme, pero no me parecía aún el momento de buscar un hotel. Preferí caminar unos minutos sin rumbo pensando en todo aquello, disfrutando de un nuevo punto de vista sobre mis viejos recuerdos. Después entré en un bar y me senté en una mesa vacía, la misma donde ahora estoy terminando de escribir esta historia mientras bebo una cerveza.

Esta va por ti, León, dondequiera que estés.

4. Opinión

La izquierda más allá del comandante

Encajo mal en el imaginario de la izquierda. Por este babor ideológico abundan iconos y querencias que no comparto, y adhesiones que me resultan forzadas y faltas de sentido. No es la primera vez que alguien me lo hace saber, siempre con ánimo de reproche.

Yo siempre he creído que la izquierda la definían una serie de valores y conceptos; ya se sabe, aquello de la igualdad social, la libertad, esas cosas. Con cierta flexibilidad, por supuesto, pero siempre alrededor de esos mimbres. Y siempre he pensado que, si es que el pensamiento político define algo de nuestra valía humana o nuestra integridad, es ante tales valores y conceptos que estas deben medirse y no ante otros.

Murió Fidel y no hay hoy quien pierda la ocasión de hacernos saber lo que piensa. Con tal abundancia de opiniones, la muerte del viejo comandante es un calibre perfecto para mensurar el acimut ideológico de cada cual, pero también, se-

gún algunos, para juzgar si uno es fiel al canon, al imaginario, a ese santoral que los pensamientos políticos inevitablemente construyen a su alrededor. En este caso, claro está, al de la izquierda, del que Fidel ha sido referente ineludible.

Parece ser, fíjese usted, que uno no se puede nombrar de izquierda si no lamenta la muerte de Fidel y se entrega a la loa acrítica en esta jornada. Todo lo que no sea eso es síntoma de infidelidad a una izquierda modélica, pautada por esta clase de adscripciones, definida más alrededor de símbolos que de ideas. Puesto que la derecha (que también tiene su martirologio propio y sus devociones, no se crean) anda dichosa celebrando la muerte de un tirano, a quienes no salimos a las tribunas de rigor a gritar «Hasta siempre, comandante» los garantes de ese izquierdismo nos miran extraño. Y si osamos decir alguna palabra negativa, nos equiparan con aquellos de derechas, porque da igual que nuestras concepciones del mundo y la sociedad sean distintas, aquí lo que cuenta es la reverencia —o falta de ella— a los símbolos.

Encajo mal en el imaginario de la izquierda, ya lo he dicho. Aun así, permítanme seguir diciendo que soy de izquierdas, porque sigo creyendo en sus ideas y el imaginario me importa bien poco. Y no, no creo que Fidel representara estas ideas, por más que se dijera valedor de ellas e hiciera algunos logros muy dignos respecto a algunas, puesto que en otras dejó mucho que desear.

Los que quieran una identidad, pueden buscarse una religión. Aquí de lo que hablamos es de política y no necesitamos devocionarios.

Eureka

Sabido es que Arquímedes descubrió el principio que lleva su nombre al sumergirse en una tina para darse un baño y ver cómo su cuerpo hacía desbordarse el agua de aquella. En un instante, comprendió el fundamento de la hidrostática y encontró con ello la solución al problema que le había sido planteado.

Tampoco tardó mucho Newton, según se cuenta, en entender el mecanismo de la gravitación. Bastó aquella providencial manzana para iluminarle el camino y que las verdades de la física le fueran reveladas de inmediato.

La historia de la ciencia está llena de sucesos así, quizás con una cierta exageración en el relato, por aquello de que un poco de teatro y épica sientan bien a toda proeza. Sucesos en los que un descubrimiento es cuestión de un instante mágico, una idea feliz, un rapto de creatividad que viene

a dar al pensador la materia que necesita para formular su hipótesis.

También en el arte gustamos de contar los avances de esta manera. En el folclore de la creación artística no faltan génesis repentinas, ni creadores que elaboran sus obras maestras bajo el supuesto influjo de destellos inspiradores. Y en la propia literatura, cuántas veces no habremos encontrado ese ardid clásico en el que el detective, mientras se entretiene en otros asuntos, ve de pronto la luz e hilvana en su cabeza todos los detalles que le descubren quién es el asesino.

Lo cierto, sin embargo, es que ni la ciencia ni el arte son cosa de arrebatos inescrutables. Las más de las veces, la genialidad no es cuestión de un fogonazo de entendimiento, sino de tesón, voluntad, y capacidad de mantener una cierta lucidez durante horas de trabajo. La mayoría de científicos y creadores no sabrían decir en qué momento se les ocurrió la idea de aquello que pergeñan, bien por no haber sido conscientes de ello, o más bien porque no existe tal momento.

Tanto nos gusta esta exégesis del conocimiento que incluso queremos que así operen quienes nos gobiernan. Ya no nos sirven el trabajo y la dedicación, sino que hay quien pide decisiones clarividentes. Que se gobierne a golpe de gloriosas visiones, como si bastara echar un vistazo a un puñado de cifras y mapas, perder la mirada al infinito y esperar a que las musas hagan el resto.

Le pedimos a quienes gestionan la complejidad de toda una sociedad el ser capaces de prever situaciones inauditas,

o de al menos encontrar recetas infalibles para solventarlas. No queremos análisis e iniciativa, sino soluciones reveladas de forma casi sobrenatural. Los lideres que exigimos no son trabajadores meticulosos, sino místicos visionarios.

La idea de adaptar nuestros planteamientos al devenir de la situación y lo que de ella sabemos, de trabajar el día a día con nuestra mejor capacidad de tanteo (por otra parte, la más científica de las metodologías), nos parece criticable, y pobre de aquel que pretenda guiarnos sin haber sido tocado por alguna manzana redentora que lo ilumine.

Sería más sano confiar en el esfuerzo y la entrega, y criticar acaso la falta de estos valores, sacar a la luz los errores y los descuidos, o castigar las equivocaciones intencionadas, que por desgracia también abundan. Y que no haga falta salir apresurado de una bañera gritando «¡Eureka!», sino que cada cual pueda disfrutar de un baño tranquilo al final de su día de trabajo.

De pudores y creaciones

Para que el futuro sea el hogar de los orgullos, el pasado ha de convertirse en la morada de la vergüenza. Queremos ser mejores mañana, alcanzar nuestro mejor yo conforme vamos creciendo, pero si con idéntica lógica deshacemos el camino hacia aquel que fuimos, el viaje no trae más que fantasmas. Seremos mejores en el futuro, pero éramos mucho más torpes en el ayer. El perfeccionismo trae inevitablemente la vergüenza.

Todo creador, salvo si no evoluciona en su desempeño, va dejando tras de sí un rastro de insuficiencia. Y hay siempre un límite hasta el que uno puede remontarse, más allá del cual esa insuficiencia se convierte en horror y arrepentimiento.

Hay quien termina una obra y no vuelve más a ella, solo continua su trabajo en otra distinta, y la primera entonces se le hace ajena, incapaz de traerle ni orgullo ni deshonra. Pero para la mayoría, lo habitual es revisitar de cuando en

cuando sus creaciones, bien sea con afán de enmienda o mera curiosidad, y si ese tiempo ha pasado en demasía, el reflote no suele ser agradable.

Célebre es la manera en la que Juan Ramón Jiménez renegaba de sus dos primeros poemarios, *Ninfeas* y *Almas de violeta*. A sus amistades les tenía encargada la tarea de comprar para él cuantos ejemplares encontraran a la venta, que él mismo se encargaba luego de destruir una vez que los recibía. Y esos mismos amigos, si tenían en sus propias bibliotecas alguno de aquellos, procuraban esconderlo cuando les visitaba el poeta, a sabiendas de que acostumbraba a robarlos si tenía ocasión, para poder después echarlos al fuego.

La vergüenza ante el desempeño pasado no es exclusiva del arte. Cualquier forma de creación la trae consigo. La sufren el escritor, el músico, el pintor, pero también el arquitecto con sus construcciones, el científico con sus métodos, el programador con el código que da forma a sus programas. Para todos ellos, hacer retrospectiva es encontrar una vieja patria poblada por malas versiones de sí mismos. Y una vez que sus creaciones se abren al público, de una forma u otra, a todos les resulta imposible deshacerse de sus propias huellas.

Crear es aprender a convivir con esta circunstancia. Quizás no haya aprendizaje colateral más valioso en el ejercicio de la creatividad que este de ser consciente de las faltas cometidas y las limitaciones de uno mismo, el aprender a asumirlas con humor y resignación, y también el esforzarse en enmendarlas o al menos ocultarlas por mero recato. En otras áreas

de la vida, vendría bien practicar igualmente esta clase de recelo ante nuestras viejas obras.

En política, por ejemplo, raro es aquel a quien parecen incomodarle sus antiguas carencias. No deja de ser curioso, siendo que hay pocas labores en las que la experiencia le haga a uno avanzar tanto y distanciarse tan aprisa de su yo anterior. Un poco de ese pudor que aqueja a los creadores sería de agradecer en estos terrenos.

No habiendo en este caso fuego en el que redimir los errores de la inexperiencia, admitir que lo hecho en el pasado es imperfecto sea acaso la mejor forma de honor que le queda a un político.

Je suis Charlie

Escribía Celaya aquello de «la poesía es un arma cargada de futuro», pero yo nunca me lo creí. Incluso en los tiempos en que leía y escribía poesía más que hoy día, estuve siempre convencido de que los versos no servían para combatir otra cosa más que las nostalgias de uno mismo. Y el de poeta nunca me pareció un oficio arriesgado ni valiente.

En aquel entonces leía a los poetas sociales, a los bardos comprometidos con las revoluciones y las protestas, y me emocionaba, pese a las distancias del tiempo y la geografía, con sus arengas y sus proclamas. Pero aun así, no podía evitar que, en el fondo, esa particular lucha poética me pareciera casi una frivolidad en esos contextos donde la gente perdía sus derechos, sus dignidades o incluso su vida. Porque pensaba que, en última instancia, toda lucha se gana en la calle o en el frente de batalla, no en un poema. Y yo, que nunca tuve gallardía alguna y serviría de muy poco en una contienda,

pero que aun así escribía versos, creía por ello que el poeta era en realidad un luchador aburguesado y cobarde.

Admiraba, si acaso, la entrega de los poetas que fueron a la vez soldados, esos que luchaban sin lírica alguna y sólo después de la refriega se refugiaban en la quebradiza trinchera de las palabras para componer sus versos y hacernos llegar lo inhumano de la guerra. Aquellos para quienes la poesía no era un arma, sino un consuelo que les ayudaba a después batirse con el alma más tranquila. Como escribió Owen durante la I Guerra Mundial: «Sobre todo no estoy preocupado por la poesía. Me ocupo de la guerra, y de la pena de la guerra. La poesía está en la pena». Lo de pensar que un verso pudiera esgrimirse contra un enemigo siempre me pareció demasiado pretencioso.

Pensaba esto de la poesía y de los poetas, pero también de otros escritores, y de los cantautores, y, por supuesto, de los dibujantes, porque no tengo ninguna destreza para el dibujo ni lo he practicado nunca, y cuando a uno algo no le resulta necesario, ese algo le parece siempre más inútil.

Pero la poesía es un arma, no hay duda, como lo son también las canciones y, sin duda, las viñetas. Y los poetas, los cantautores y los dibujantes, como todo aquel que empuña un arma, asumen un riesgo y no siempre hacen labor de retaguardia. Tal vez no fueran esos poetas a los que yo leía, sino yo mismo, que me atreví a juzgarles desde este tiempo mío en que la poesía es un pasatiempo sin peligro, el que debiera ser acusado de burgués y cobarde.

El arte en sí es un arma cargada de futuro. Porque el arte no es sino una manera de comunicarse, y crearlo es el mejor ejemplo de aquello que nos hace humanos: la necesidad de expresarnos libremente para que otros nos interpreten. Una necesidad que, en opinión de algunos, y aún a estas alturas de la historia, parece ser un acto de lesa conducta.

Diría que no sólo son un arma los versos reivindicativos o las canciones de protesta o las viñetas satíricas, sino también aquellas creaciones que no golpean sobre ninguna tiranía ni soliviantan a nadie. Porque no hay mejor arma que crear, que imaginar, que componer. Y porque tal vez los poemas de amor o las melodías hermosas o las ilustraciones inocentes no combatan a ningún enemigo, pero nos enseñan la lección valiosa del respeto, una alternativa mucho más veraz y humana que la del odio y la barbarie.

Escribí este artículo después del atentado en la sede de la revista Charlie Hebdo, en el que murieron doce personas. La frase *Je suis Charlie* que le da título fue utilizada en redes sociales como muestra de solidaridad con las víctimas del atentado.

Conservatorios

A quién ha aprendido a tocar un instrumento fuera de la formalidad de un conservatorio, por ejemplo siguiendo la tradición oral con la que los folclores vienen transmitiéndose desde antiguo, no le resultará extraño que, si su desempeño es solvente, se magnifique el mérito por el simple hecho de haberlo obtenido de aquella manera. Alguien, normalmente cercano, le obsequia un halago y, sin mala intención sino todo lo contrario, añade para reforzarlo una coletilla del tipo «y además, sin haber estudiado música», creyendo que así corrobora la valía del músico, pues sin haber existido tal estudio toda la virtud no ha de ser sino puro talento natural.

Afirmar que un músico que no ha seguido una formación reglada no ha «estudiado música» es tan ridículo como decir que un escritor extranjero no ha estudiado lengua y literatura, por no ser en nuestro idioma que ha escrito sus obras. Es obvio que sí que ha estudiado, y con tanta o más de-

dicación y esfuerzo que quienes escriben en nuestra lengua, si bien con un corpus lingüístico distinto. Son nuestras arbitrariedades culturales quienes establecen como referencia un idioma, pero no por ello hacen menos válidas las otras alternativas. De la misma manera, músicos distintos en diferentes tradiciones musicales aprenden conceptos tal vez similares pero con enfoques y nomenclaturas propias de cada cual. Ninguna de ellas es inferior a las demás, por mucho que la normatividad académica se apoye en los elementos de unas y no de las otras. Lo que está claro es que nadie consigue ser un músico competente sin estudio y práctica, ya sea que se siga una u otra pedagogía.

Hay en estas frases, aun si buscan mayorar un halago, un tono condescendiente tanto hacia el músico como hacia la forma musical que practica. Uno se ha convertido en tal músico *a pesar* de estudiarlo de esa forma, lo que indirectamente presupone unas limitaciones en esta.

La idea que subyace tras todo esto es la de un clasismo artístico, más reprobable aún si cabe que el mero clasismo social, porque no solo rebaja a unas personas en favor de otras, a unos géneros y sus intérpretes en beneficio de otros, sino que además ignora una cualidad fundamental del arte: la independencia entre su valía y la condición social del artista, sus circunstancias o sus métodos. El arte es arte por sí mismo y, una vez que toma forma, todo lo que lo antecede o circunda resulta irrelevante.

En el prólogo de su libro *Sobre la guitarra flamenca*, Manolo Sanlucar escribe que él podría tocar en cualquier lugar, incluso en un gallinero, a condición de que las gallinas guardaran silencio. Esa es la principal verdad del arte: la irrelevancia del contexto, del origen, del destino, y el valor sin embargo fundamental del respeto por la forma artística, ya sean unas u otras las circunstancias de esta.

Va siendo hora ya de respetar todas las formas artísticas por igual, con independencia de sus historias. Esto es, respetarlas por su propia calidad y sin prejuicios, sin observar si entra dentro de esta o aquella categoría. Es hora de admitir que cada forma artística como tal viene condicionada por su origen, por las verdades de que se alimenta y por cómo son, en lo social y en lo humano, aquellos que las han definido, pero que la calidad o falta de ella no son valores intrínsecos a ningún género artístico. Quizás así entendamos que el valor de una persona, como el del arte, está solo en ella misma y no en sus circunstancias.

En la dirección equivocada

Una nueva noticia sobre la aceptación de la mujer en la Iglesia, y no falta quien se apresura a darle rango de conquista y celebrarlo. Que la mujer vaya ganando derechos que siempre debió haber tenido es sin duda una gran noticia. Que su papel en la sociedad sea más justo y se avance hacia la igualdad entre hombres y mujeres también lo es. Ahora bien, ¿qué valor tiene para las mujeres el ir consiguiendo igualdad dentro de la Iglesia? ¿No es esta acaso una lucha equivocada y ese un logro tan estéril como ridículo?

Es necesario cambiar la actitud de la gente, de las instituciones, y de muchos otros elementos de nuestra sociedad hacia las mujeres, porque estas forman parte de todo ello inevitablemente y se ha de garantizar que puedan ocupar su lugar con los derechos adecuados.

Las mujeres tienen libertad para armar y dirigir grupos de pensamiento, doctrinas filosóficas o cultos religiosos de toda

índole. Y si no lo tienen, se ha de luchar para que dispongan de esos derechos de manera similar a los hombres. Lo que no tenían, y que van poco a poco ganando con estos supuestos avances, era el reconocimiento, en tanto que iguales y con capacidad de liderazgo, dentro de un culto particular, en concreto el de la Iglesia católica, cuyas ideas fundamentales han sido y siguen todavía siendo denigrantes para las mujeres. Siendo así, ¿qué interés tiene para una mujer pertenecer a la Iglesia católica y avanzar en su jerarquía? ¿Qué lleva a una mujer a querer ser parte de una organización con esas creencias? Si se trata de buscar un avance, ¿no sería mejor mantenerse fuera de esa organización y combatirla desde fuera?

Con estos logros, se está rompiendo una barrera, no hay duda, pero ¿qué hay al otro lado de esta? En el mejor de los casos, nada, ninguna mejora notable de entre las que persigue el feminismo. En el peor de ellos, algo negativo que, a la larga, puede incluso causar más daño que beneficio en la lucha por los derechos de las mujeres. Porque reafirmar a la Iglesia católica y darle una pátina de feminismo no puede ser visto como un avance en ese sentido, sino incluso como un retroceso.

En cierto modo, celebrar que una mujer consigue cambiar ciertos planteamientos en la Iglesia católica y obtiene poder dentro de su jerarquía no es sino celebrar que un miembro de un grupo social oprimido logra ascender dentro de una organización que oprime o rechaza a ese grupo social. Hay causas

mejores que abanderar y hechos mejores que celebrar, como por ejemplo la desaparición de esa organización opresora, o que ese grupo social tenga poder y libertad suficiente para organizarse de manera autónoma e independiente, y combatir con éxito ideas así de dañinas. Eso es a lo que debemos aspirar, no a «infiltrar» con éxito mujeres en un entramado que tiene como fundamento la idea de que la mujer es inferior y que basa sus principios en un credo de ideas similares.

Resta, además, entrar a valorar la propia naturaleza de la Iglesia como organización creada alrededor de creencias y dogmas. En una sociedad moderna y racional, lo celebrable sería ver que la Iglesia pierde influencia y que las mujeres, a medida que ganan libertad y empoderamiento, pierden interés por todo tipo de asuntos religiosos. Porque la lucha por los derechos de las mujeres, como toda lucha, se ha de basar en la razón y en los hechos, no en las creencias ciegas o el dogmatismo.

5. Humoristicos

El inodoro soviético

Sabido es por todo trotamundos experimentado que los esfínteres son músculos tímidos y de querencia hogareña, y que suelen mostrarse recatados y poco activos cuando el viajero deambula por allende sus territorios de costumbre. Todo viajero es de naturaleza estreñida, eso es un hecho incontestable. Ahora bien, si un viaje a través de Rusia resulta lo suficientemente largo y a quien lo efectúa se le concede la fortuna nunca bien ponderada de hacer de vientre, una de las primera cosas que advertirá tal viajero es la particular morfología de sus inodoros.

Hablamos aquí del inodoro soviético, cada vez menos popular en la Rusia moderna, pero sobre el que asentaron y asientan todavía sus proletarias y revolucionarias posaderas un buen número de camaradas. Con la caída de la Unión Soviética y la llegada del capitalismo, el retrete convencional va conquistando el mercado, pero su hermano soviético todavía se resiste a desaparecer y sigue despertando a partes iguales la sorpresa del viajero y la melancolía del evacuador

local. Porque, si el olfato es el sentido de la memoria, ¿qué nostalgia puede uno imaginar más nutritiva que una en la que concurren los aromas de la deposición, el reposo de una confortable banqueta de porcelana, y la intimidad de un excusado?

El inodoro soviético es en realidad de origen alemán, aunque los teutones —pueblo de gentes refinadas a las que uno no acierta a imaginar en las impúdicas labores de la deyección o repasándose con un cuadradito de papel la comisura del ano—, abandonaron hace tiempo el diseño que ahora nos ocupa.

Se caracteriza este inodoro por la presencia en su interior de una plataforma sobre la que se deposita el cargamento, que en lugar de precipitarse hacia el pocillo de agua desde las alturas nalgares, queda allí, sobre tan plácida terraza, a la espera de que el agua venga a arrastrarlo. En nuestro sanitario habitual, la hez va directa hacia el infierno de las cañerías, mientras que en el caso ruso queda en una suerte de purgatorio, aguardando el juicio final que habrá de dictarse al tirar de la cadena.

Las ventajas de este diseño son principalmente dos. En primer lugar, se evitan las molestas salpicaduras en caso de que el proyectil evacuado sea de gran tonelaje. En segundo lugar —y este es al parecer el motivo principal que hizo surgir esta clase de tazas— el sujeto defecante puede proceder a escrutar su obra con detalle una vez que concluye la operación,

pudiendo de esta manera detectar problemas de salud de su organismo a través de aquella.

Para el viajero extranjero, poco o nada ducho en el arte del examen fecal, la visión puede resultar algo grotesca, aunque bien es cierto que esto lo compensa después el movimiento grácil y dichoso de la bosta, que al ser arrastrada por el agua se desliza con una plasticidad de estética ciertamente admirable, cual hoja liviana en un riachuelo otoñal.

Si al viajero le llama la atención el inodoro ruso, es también probable que le despierte curiosidad un fiel compañero suyo: el papel higiénico. En el caso del papel ruso, y más especialmente en su versión soviética, el viajero se fijará en él principalmente por dos características: viene enrollado sin presentar un agujero en el medio, y es de una aspereza capaz de pulimentar el mármol. Ahondemos algo más en esta última propiedad.

La evolución ha dotado al hombre soviético y post-soviético de un ojal con gran resistencia al papel de elevado gramaje. La indiferencia que presentan a la rugosidad y rigidez del papel es tan legendaria que incluso, en tiempos de guerra, el enemigo ha empleado este hecho para obtener ventaja táctica.

Sucedió este episodio histórico tan escatológico durante la Guerra Fría, cuando americanos, ingleses y franceses desarrollaron una de las más brillantes operaciones de espionaje jamás concebidas: la «Operación Tamarisk». La estrategia era simple a la par que efectiva: entorpecer el suministro de

papel higiénico desde Alemania para forzar a los rusos a utilizar otra clase de papeles en sus retretes. A falta de la suave celulosa germana, los rusos, con su característico estoicismo a la hora de acicalarse la embocadura del recto, suplían la carencia echando mano de lo que tenían disponible.

De todos es sabido que el pueblo ruso ama la burocracia, y si en el baño faltaba el rollo clásico, nada mejor que un poco de papel timbrado para sustituirlo. Por ejemplo, el de uno de esos muchos documentos estratégicos que abundaban en toda oficina soviética que se preciara de serlo. Si bien el pueblo ruso estaba preparado para soportar cualquier clase de papel, no sucedía lo mismo con sus cañerías, que quedarían bloqueadas ante una celulosa tan rígida. Los folios así usados iban, pues, a la basura. Y de este modo, sin más que esperar a que la digestión de los burócratas rusos llegara a su fin y se limpiaran el culo después con algún informe clasificado, la inteligencia americana, rebuscando más tarde en la basura, consiguió información de valor incalculable.

Reconocerá el lector que una operación de tal ingenio es digna de una mente tan retorcida como privilegiada. Reconocerá también que pocas imágenes históricas se antojan tan sugerentes como la de un miembro del politburó sacándose brillo a la trasera con un documento de alto secreto.

Al igual que en el caso de los inodoros, los nuevos tiempos han traído consigo un declive en la popularidad de este rollo clásico, que sigue, sin embargo, haciendo las delicias de los

nostálgicos, siempre y cuando, eso sí, no se vean aquejados de hemorroides.

Pero no son ni el inodoro de plataforma ni el áspero papel quienes mejor retratan a este país en sus momentos de retiro y evacuación. Para eso es necesario incorporar a la mezcla un elemento fundamental de este país: el frío. La imagen más auténtica de lo que significa para un ruso hacer sus necesidades la encontramos en la letrina rural siberiana. No hay casa de campo que se precie que no disponga, junto a la vivienda principal, de una pequeña casita de madera equipada con un agujero de profundidades insondables al que arrojar cuanto el cuerpo ya no necesita. En verano, no hay mucha diferencia entre esta y la letrina que uno puede encontrar en cualquier lugar del mundo, pero cuando el gélido invierno siberiano hace su aparición, comienza entonces la construcción paciente de un montículo de orín y pequeños excrementos, alimentado por todo aquello que el usuario no atina a encestar a través de la oquedad correspondiente. Gota a gota, el helado volcán va creciendo hasta convertirse en un enorme sorbete de tonalidades parduzcas y reflejos dorados, y ninguna imagen se antoja tan impactante como esta para el viajero desprevenido.

Si en lugar de a la escritura yo me dedicara al mundo de la imagen, grabaría sin duda uno de esos vídeos en donde la vida se ve pasar a velocidades inusitadas, y mostraría todo este proceso geológico condensado en un par de minutos. El

deshielo de esta formación helada, aunque de una épica algo menor, tampoco ha de ser espectáculo despreciable.

En resumen, que la Madre Rusia tiene sus particularidades a la hora de evacuar aguas tanto mayores como menores, algo que, por otra parte, se antoja cierto en casi cualquier lugar del mundo. También, por supuesto, los rusos tienen costumbres a este respecto que no sorprenderán al viajero, por ser similares a las que se encuentran a lo largo de todo el planeta, entre ellas la de llevar consigo algo de lectura para momentos tan íntimos. Rusia es un país de lectores, ya sea en el metro, en la cama, o entre flatulencias y micciones.

Si el lector tiene intención de viajar a Rusia, me permito recomendarle que lleve este libro en su equipaje para disfrutarlo durante sus excursiones al retrete, pues es evidente que constituye una lectura muy acorde con tales ocasiones. Eso sí, por mero respeto a quien esto escribe, le pediría que no utilizará después sus páginas para limpiarse el culo. Gracias de antemano.

India en tres lecciones y una coda

Sentado en su moto-taxi, Biblap Biswas toca la bocina. No hay ningún otro vehículo delante del suyo, ni tampoco un peatón imprudente que se haya lanzado a la calzada con menos precaución de la recomendable. De hecho, su simpático tuk-tuk está parado junto a la acera mientras él utiliza un mondadientes y aguarda la llegada de un posible cliente. Pero, fiel a la costumbre india, Biblap Biswas acciona el claxon por mera inercia, sin más razón que la de oír el reconfortante trompeteo del que es capaz su triciclo motorizado. Repetirá ese mismo gesto cerca de dos mil veces a lo largo del día, de manera inconsciente, independientemente de las condiciones del tráfico.

Primera lección india: la función del claxon no guarda relación alguna con la seguridad vial; es un simple hilo musical.

El turista, apostado no muy lejos en esa misma avenida, picotea sin prisa una bolsa de patatas fritas, único producto comestible que ha podido encontrar que no pone en riesgo la integridad de su intestino grueso. Biblap Biswas, sabedor de que tiene ante sí un cliente, se acerca sin disimulo a ofrecerle sus servicios. Un minuto después, y por la módica cantidad de cien rupias, el turista viaja por las estruendosas arterias de la ciudad, sin sospechar que su breve periplo le dejará como secuela permanente un acúfeno digno de una estrella de rock en continua gira.

En su ensayo *Yo conduzco, Brahma me guía: intentos de educación vial en India*, Karl Klaksohn describe de la siguiente manera la realidad del uso de la bocina en las calles de este país:

> El bocinazo de un claxon es a un vehículo lo que una flatulencia o un buen regüeldo son a un ser humano: sonoro aire expelido que resulta grosero y desagradable para quienes han de sufrirlo, pero que procura un innegable y muy necesario alivio para aquel que lo ejecuta. Qué triste se antojaría la vida si no estuviéramos capacitados para el pedo y el eructo, y qué poco sustancioso —piensa el conductor indio— sería hacer kilómetros si no le pudiéramos dar un buen achuchón a la bocina cuando ello nos viniese en gana. Y siguiendo esta filosofía tan sencilla, millones de conductores se lanzan al tráfico indio a hacer sonar sus trompetas de la manera más arbitraria posible.
>
> Al igual que las normas sociales que regulan el buen uso ciudadano de la ventosidad y la expulsión oral de gases va-

rían según las culturas, y lo que en un lugar es ofensa en otro torna elogio, las costumbres relativas al claxon también se demuestran de lo más variopintas. A este respecto, no hay en el planeta una sociedad más tolerante que la india, pues no existe en este país momento ni circunstancia en la que no se pueda obsequiar al compañero de calzada con un buen puñado de decibelios.

Se estima que, tan solo en el periodo de clases prácticas previo a la obtención del permiso de conducción, el conductor indio medio hace sonar la bocina de su vehículo más veces que el conductor medio noruego a lo largo de toda su vida al volante. Eso en el supuesto de que hiciera falta carnet de conducir en la India o se hubiera instalado ya la primera autoescuela del estado, cosa que está aún por suceder.

Biblap Biswas deja en la puerta de su hotel al turista, quien, al bajar del moto-taxi, pone su pie sobre la bosta sagrada de una vaca. Tal y como ya sospechaba, no ha sido buena idea copiar la indumentaria local y calzarse unas chanclas de playa como hacen la mayoría de indios, y ahora se arrepiente de esa decisión y echa de menos las gruesas botas con las que hasta entonces acostumbraba a viajar.

Mientras se dirige a la ducha para limpiar de excremento vacuno y otras suciedades sus pies, se mira en el espejo y descubre que no solo aquellos presentan un estado deplorable. Su camisa, impecable cuando esa mañana comenzó su jornada turística, parece ahora el uniforme de un mecánico tras haber cambiado la junta de culatas de un trolebús soviético.

El turista maldice la ciudad y pone doble dosis de jabón en su esponja de baño.

Biblap Biswas ha terminado su jornada laboral y vuelve a casa con sus bien ganadas rupias. Sobre la puerta de entrada, siguiendo la tradición, le recibe un icono de la diosa Ganesha con su rostro de elefante. Al mirarla, cree oír cómo sale de su trompa el sonido de un claxon orquestado y musical, similar al que acostumbra a sonar en una pista de coches de choque.

* * *

Sentado en su moto-taxi, Ranjit Kapoor escupe. No tiene la boca seca, ni tampoco un sabor del que quiera librarse. Pero fiel a la costumbre india, Ranjit Kapoor masca gutka, una mezcla de tabaco y otras sustancias levemente embriagadoras que adorna y colorea las bocas y salivas de buena parte del país, amen de las fachadas donde sus consumidores proyectan los restos sobrantes tras el mascado. Aunque de tono parduzco antes de entrar en contacto con la saliva, la gutka adquiere un color rojizo cuando esto sucede, y manchas de esta tonalidad pueden encontrarse en la mayoría de paredes, suelos y esquinas del país. Para el visitante desprevenido, las calles de la India pueden parecer un matadero de porcino, cuando no el escenario de una sangrienta masacre.

Segunda lección india: los indios escupen mucho, pero no se asuste; aunque tenga ese color, no se trata de sangre.

El del señor Kapoor es un lapo con las características habituales de tales expectoraciones: rojo algo anaranjado, consis-

tente, de un volumen aproximado de un par de cucharillas de café, quizás más, y que en su trayectoria parabólica viene a caer a la nada despreciable distancia de cinco metros, justo a los pies de un moto-taxi cuyo conductor acaba de hacer sonar la bocina.

El turista, que ya termina un nuevo día de visitas, llama la atención del señor Kapoor cuando lo ve aproximarse, y este se detiene de inmediato para invitarle a montar. Conocedor del efecto favorable que un buen gesto tiene a la hora de acordar el precio del viaje, le obsequia al potencial pasajero la mejor de sus sonrisas, y sin más dilación comienzan el preceptivo regateo.

El turista, no obstante, tiene dificultades para entender la cifra pedida por el chófer, quizás por el escaso nivel de inglés del que este hace gala, o tal vez porque su atención se encuentra dirigida, no sin cierto espanto, a aquella sonrisa cuyo color óxido no acierta a explicarse.

Se entenderá mejor la sorpresa del turista tras leer las palabras del prestigioso doctor B. Rackets, quien en su libro *Shiva necesita una endodoncia: un odontólogo de viaje por Rajastán*, escribe lo siguiente acerca del devastador efecto de la gutka sobre la salud bucodental:

> La cavidad bucal de un indio mascador de gutka es una intrigante gruta anegada de líquidos ferruginosos, flanqueada por dientes de similar tintura y aspecto de estalactitas milenarias. Podría, con algo de imaginación, verse en ella cierta reminiscencia vampiresca, de no ser porque aque-

llas criaturas chupasangres lucen poderosas dentaduras con firmes y afilados colmillos, y las del mascador de gutka son normalmente deficientes, con más espacios en blanco que piezas dentales, y aptas para poco más que comer papillas infantiles.

El turista, que en sus años mozos fue aficionado a las películas del oeste, no tarda en deducir que su conductor ha de mascar alguna forma de tabaco, y el recuerdo le lleva de inmediato a esos tipos recios que veía en la pantalla del televisor ataviados con sombreros de vaquero y botas de montar, que disparaban sus negros esputos segundos antes de hacer lo propio con dos balas de su revolver sobre el pecho de un forajido. Imagen muy cinematográfica y llena de virilidad, piensa para sí, a diferencia de esta que ahora contempla. Pero qué puede uno esperar, se dice, si aquí en lugar de botas de cuero y espuelas el calzado de rigor son las chancletas de playa.

Cuando Ranjit Kapoor deja al turista frente a su hotel, y mientras recibe de aquel las cien rupias que cuesta el trayecto, proyecta un nuevo gargajo bermellón que vuela en dirección a la entrada del establecimiento. El turista evita cuidadosamente pisar el lugar en que este ha caído, pero aun así lava sus pies nada más entrar en la habitación.

Ranjit Kapoor llega a casa satisfecho con el dinero que ha ganado en este día. Antes de entrar, escupe una ultima vez frente a la imagen de la diosa Ganesha que preside su hogar.

Aquella le devuelve un escupitajo verde hecho de restos de bambú.

* * *

Sentado en su moto-taxi, Anand Chopra ve pasar un barquito de papel que se aleja en la distancia. No está junto a un riachuelo o un arroyo, ni siquiera junto a una fuente. Pero fiel a su cita con el ciclo de las estaciones, el monzón ha llegado ya y acaba de descargar su primer aguacero, convirtiendo, con la inestimable colaboración del insuficiente sistema de alcantarillado, las calles en canales navegables. Apenas veinte minutos después del comienzo de la lluvia, la calle donde está aparcado con su vehículo tiene ya cuatro palmos de agua, que fluyen con velocidad y turbulencia suficientes como para tumbar a un elefante.

Tercera lección india: Nunca viaje al país en temporada de monzones, salvo si es usted aficionado al descenso de aguas bravas, cursa estudios de hidrología torrencial, o tiene interés en saber cómo funciona una alcantarilla a cielo abierto.

En realidad, lo que circula por esa calleja que ahora hace las veces de cauce fluvial no es un barquito de papel, sino el envoltorio de una bolsa de patatas fritas, que navega calle abajo junto a tres docenas de similares envoltorios, cuatro zapatos desparejados, y una tela multicolor que da la impresión de ser un cadáver amortajado discurriendo por las aguas del Ganges.

Si Anand Chopra ve un barquito de papel en lugar de un desperdicio, es no más por un ataque de nostalgia infantil, o bien por ese pensamiento recurrente que le asalta en época de lluvias, cuando se pregunta por qué no quiso el destino convertirle en gondolero veneciano —posición que reputa más elegante y distinguida—, siendo que también él lleva viajeros de una parte a otra de la ciudad a través de canales inundados.

Desencantado al volver a pensar en tamaña injusticia, Anand Chopra escupe con furia la baba color óxido de su boca. Esta va a caer una decena de metros más allá y es arrastrada por la corriente, diluyéndose su coloración en la tonalidad oscura de las aguas, que pese a haber caído prístinas desde los cielos pocos minutos atrás llevan ya un matiz cromático similar al de las deposiciones de un dromedario diarreico.

El turista, que es hombre de secano y viene de un país donde lo que llaman aguacero aquí no alcanzaría ni a orvallo, contempla acongojado la descomunal riada. Mareado ante tal magnitud, estima que aquello ha de ser el celebre Orinoco, cuando no el mismísimo Amazonas, pues jamás vio pasar ante sí caudal semejante.

Doblando la esquina, Anand Chopra viene oportuno a rescatarle de su inminente naufragio. El turista, con el rostro iluminado, salta sobre el moto-taxi, se acomoda en el asiento, y por la correcta cantidad de cien rupias es conducido a la seguridad de su hotel a través de un oleaje que haría zozobrar a una goleta de tres mástiles.

Reproducimos a continuación el elocuente testimonio de M. Cachola, doble campeón de Australia de surf, quien, en su libro *Vishnu lleva bermudas: mi historia surfeando en la India*, escribe lo siguiente:

> Sin duda la experiencia más intensa de mi carrera profesional fue aquella vez que intenté recorrer sobre mi tabla una calle de Nueva Delhi. Había hecho surf antes en aguas infestadas de tiburones, algo que entonces consideré bastante extremo, pero la sensación de cabalgar esas enormes olas de color café, y con todos esos tuk-tuks circulando furiosos a mi lado, es algo que no se puede comparar con nada.
>
> La tabla terminó magullada y con una dentellada en el frente. Hay quien dice que fue un cocodrilo, pero yo creo que sería alguna rata. Vi varias docenas de ellas pasar sobre mi cabeza cuando recorrí el tubo de una de aquellas olas.

Cuando pone pie a tierra, el turista comprueba que el agua le llega por la rodilla y amenaza con hacerle perder el equilibrio. Por entre los dedos de sus pies, siente pasar un envoltorio de chocolatina y un mucilaginoso papel higiénico, y piensa que habría sido conveniente traer sus botas de agua en lugar de chanclas, y que en mala hora se le ocurrió tratar de mimetizarse con la población local de aquella manera tan ridícula.

Anand Chopra vuelve a casa, deja su moto-taxi, y entra buceando en la vivienda. El retrato de la diosa Ganesha que adorna el quicio de su puerta ha estirado la trompa hacia la superficie y respira por ella a modo de snorkel.

* * *

En la poco carismática pero reconfortante asepsia del aeropuerto, el turista respira aliviado. Fantasea con su regreso a casa, con la tranquilidad de su ciudad, e incluso con la insipidez de la comida de a bordo, gracias a la cual podrá de nuevo alimentarse sin tener para ello que elegir entre sufrir hemorroides o salmonelosis.

En la tienda libre de impuestos, compra para sus sobrinas unas figuritas muy graciosas con la imagen de la diosa Ganesha. Se pregunta entonces si, entre la miríada de deidades que conforman el imaginario del hinduismo, no habrá otras que correspondan a animales menos fotogénicos que el elefante o el león, como pudieran ser la ladilla o el percebe. Y ya que se aventura en disquisiciones así, se pregunta también por qué todos los iconos de los templos jainistas que ha visitado tenían esos ojos saltones y ese rictus ausente, quedándoles un aspecto como de muñequito de Lego aficionado a las anfetaminas. Se ríe con estas suposiciones.

Por un momento, piensa que le gustaría prolongar su estancia en el país para dar respuesta a tal clase de cuestiones, y quién sabe si profundizar en la espiritualidad de la cultura india. Diez segundos después, llega a la conclusión de que es mejor idea buscarlo en Wikipedia.

Cuando, en el control de seguridad, el encargado le indica que no es necesario descalzarse, el turista se alegra por primera vez de llevar sus chanclas de piscina.

Campo de nabos

En la jerga francesa, se utiliza para referirse a un cementerio la curiosa expresión «*champ de navets*», que, en traducción literal a nuestro idioma, vendría a decirse «campo de nabos». El lector español, en especial si es hombre, quizás esboce una sonrisa al escuchar esto y le vengan a la cabeza otra clase de circunstancias, lúgubres e indeseables también, no hay duda, pero de distinta naturaleza. El campo de nabos español, como es bien sabido, es ese frustrante panorama que el caballero castellano encuentra cuando, entrada ya la noche y con ánimo de buscar compañía del sexo opuesto para poner en práctica sus artes seductoras y amatorias, arriba a un lugar en el que espera encontrar amplio público femenino, y en su lugar no halla más que otros machotes como él y en su misma situación. Ya digo, estampa igual de funesta y deprimente que la del camposanto, pero de otra índole.

Hay, no obstante, un lugar en nuestra geografía ibérica donde esta expresión cobra un significa diferente y mucho más alegre, al menos un par de días al año. En Piornal, pueblo recio del norte de Extremadura, celebran cada 19 y 20 de enero su fiesta de «Jarramplas», una festividad de lo más salvaje y sorprendente en la que el nabo (el de verdad, el que crece de la tierra) es el protagonista indiscutible.

La fiesta tiene un planteamiento tan sencillo como impactante: embutir a un vecino del pueblo en un traje acorazado y bombardearle nabos hasta que no pueda resistir más. El disfraz que caracteriza a tan valeroso y al mismo tiempo descerebrado vecino es una prenda de muchas capas de tela adornada con flecos y cintas coloridas, coronada por un cucurucho de estilo nazareno a prueba de toda clase de impactos. Los nabos, de los que con gran generosidad la comisión de festejos del pueblo reparte unas cuantas toneladas, se dejan en montones salpicados por las calles, de manera que cualquier participante pueda surtirse a voluntad y arrojarlos contra el protagonista de la celebración. Y sin más ingredientes que estos, y con la participación enfervorecida de locales y visitantes curiosos, la fiesta tiene lugar.

Nuestro simpático personaje sale a las calles del pueblo y, a la señal acordada, da comienzo la batalla. Con parsimonia, y con la escasa plasticidad de movimientos a la que obliga el inusitado grosor de la vestimenta, el Jarramplas se desplaza errático por el pueblo mientras un inmisericorde vietcong hortofrutícola lo ataca sin contemplaciones. Durante el tiem-

po que dura la batalla, que puede llegar a alcanzar una hora, el Jarramplas toca un diminuto tamboril en el cual tiene su única manera de comunicarse con sus temporales enemigos. Si hay algún problema, basta con que pare de tocar para hacer saber a los demás que algo no está en orden y es recomendable detener su ofensiva. Entonces el público se toma un descanso, algún otro mozo del pueblo se acerca al colorido muñeco para preguntarle qué es lo que sucede, y cuando han conseguido solucionarlo, uno toma distancia, el otro regresa a su tamborileo, y la comitiva vuelve a lanzar su *blitzkrieg* vegetal.

Como sucede en todas las fiestas de esta clase, rústicas y un tanto incomprensibles, tan revelador es participar en ellas como observarlas desde fuera. Eso sí, a distancia prudencial. Participar en Jarramplas le pone a uno en contacto con su naturaleza más primitiva, pero ver cómo los demás se entregan al lanzamiento de nabo es un curso acelerado acerca de los impulsos y las pasiones del ser humano. Qué gestos, qué rabias, qué inquinas soterradas durante todo un año las que salen a la luz en esos minutos. Todas las venganzas de un pueblo materializadas en el cuerpo turgente de una sabrosa crucífera. Como experiencia sociológica, no me dirán que no es una maravilla.

Tan simple como parece, participar en la fiesta de Jarramplas lanzando nabos no es en absoluto sencillo. Si uno no tiene una estrategia adecuada y no piensa más que en acertarle al cucurucho del protagonista, lo más probable es que

se salga de allí magullado. El Jarramplas deambula sin una ruta predefinida, y cuando en su errático movimiento cambia de rumbo, uno puede verse en el punto de mira de los participantes del bando opuesto. El impacto de un nabo sin ir pertrechado con la protección adecuada no es plato de buen gusto, como bien atestiguan los aguerridos lanzadores de nabos que se ven en esta circunstancia, ya sea por su torpeza o por acercarse demasiado para efectuar un disparo más certero. No son pocos los que salen de la festividad con un buen chichón o quedan noqueados por un nabo mal dirigido.

El público, eso sí, es muy generoso, y después de haberle sacado a uno tres muelas o haberlo dejado tuerto a golpe de nabo, procede con gran soltura a agarrarlo en volandas y sacarlo del epicentro de la batalla. Esto sucede unas cuantas veces a lo largo de la fiesta, y es otro espectáculo en sí mismo.

Podría pensarse, por el carácter violento y brutal de esta fiesta, que se trata de un asunto de sentir masculino, una ocasión para dejar salir los instintos del macho primigenio, y que, además de por la verdura que sobrevuela los cielos piornalegos durante esas horas de marcial deleite, aquello es un campo de nabos en el otro sentido de la expresión. Nada más lejos de la realidad. Junto a los hombres más rudos, las mujeres se aplican con igual pasión al lanzamiento de nabo, y su violencia no es menor que la de los hombres. Al parecer, la mala leche no entiende de sexos, y la necesidad de desahogarse se manifiesta de igual manera en ambos.

Cuando el protagonista del evento juzga que ha recibido un número suficiente de nabazos, detiene de nuevo el tamboril y se despoja de su gorro protector. Una bocanada de vapor sale de su cuerpo recalentado por el pesado disfraz y la excitación de haber sido bombardeado a base de hortaliza durante todo ese tiempo. Quizás, en un último alarde de coraje, volverá a vestirse el capuchón y hará diez minutos más de espectáculo, pero lo normal es que ahí quede la cosa y, tras una ronda de aplausos, la paz regrese a las calles del pueblo y desde allí se vaya a continuar la celebración a alguno de sus bares.

En esas horas posteriores, cada cual aplicado a su cerveza y a su cháchara amistosa, Piornal es el lugar más pacífico del mundo. No hay en la tierra rincón con menos rencores y malos pensamientos, porque han quedado todos disueltos en la recién terminada batalla (llamémosla «batalla nabal», que queda un juego de palabras infantil pero resultón). Guerra más sana no es posible encontrarla, y esta es una de esas tradiciones que parecen incongruentes y salvajes, pero son en realidad inteligentes, civilizadas y prácticas.

En resumen, una celebración muy recomendable a la que acudir al menos una vez en la vida, antes de que nos toque ir a ese otro inevitable campo de nabos donde reposar eternamente.

El tormento del té

Viajar se ha de hacer con la mente abierta y cierta tolerancia al disgusto. El mundo es variado y diverso, y no hay nadie con gustos tan amplios como para poder deambular por el planeta sin encontrarse con algo que, cuando menos, le provoque ligero desagrado. Son gajes inevitables de este oficio.

Yo nací con espíritu poco pejiguero y buena disposición a soportar los sacrificios que toda exploración conlleva, pero quiso el destino concederme asimismo una cualidad que constituye tremendo lastre a la hora de viajar y entablar relaciones con otros semejantes. De entre todas mis características, hay una que complica de manera muy notoria mis asuntos viajeros: aborrezco cualquier clase de infusión.

Sé que no suena a problema grave, y que circunstancias más dificultosas son fáciles de encontrar sin echarle demasiada imaginación, pero en lo que respecta a los asuntos del

paladar, créanme que nada es obstáculo comparable al de sentir rechazo por esta clase de brebajes.

La historia ha convertido a las infusiones, y en particular al té, en el símbolo de la amistad y la fraternidad universal. No al zumo de melocotón, ni a la leche con chocolate, ni al tinto de verano, ni al caldo de pollo —líquidos todos ellos que merecerían con más razón ese lugar de honor—, sino al té en sus múltiples variedades. Los lazos humanos sobre los que se asientan buena parte de las sociedades modernas se entretejen alrededor de una sustancia aguachinada hecha a base de remojar hierbajos en agua caliente. Para quien, como yo, es incapaz de dar un sorbo de uno de tales preparados sin sentir nauseas, viajar por las culturas del mundo es garantía de poner a prueba frecuentemente el buen funcionamiento de su reflejo faríngeo.

Lugares hay, bien es cierto, en los que el café es más popular y sustituye a la infusión en este papel. También es verdad que las bebidas alcohólicas se encuentran en todas las culturas y han servido desde antaño para lubricar las interacciones sociales de sus habitantes, aunque no son adecuadas para todo momento y tienen efectos secundarios no deseables. Pero si se mira al mundo en su conjunto, es evidente que un vaso de té es una de las expresiones más internacionales de la concordia y el buen entendimiento.

Al viajero aquejado de poca afinidad por la tisana y el cocimiento herbal no le queda, pues, otro remedio que poner buena cara y ofrecer su mejor sonrisa, para al menos com-

pensar el agravio que supone tener que rechazar un vaso de té o verse obligado a echar un trago sin poder evitar hacer una mueca de asco. Yo me he visto en tales circunstancias un sinnúmero de veces, y puedo afirmar con seguridad que es en ellas donde he cosechado las peores miradas de indignación de todo mi historial viajero.

Todavía recuerdo con mezcla de espanto y dulce nostalgia mi primera visita a un bazar marroquí. En cuanto puse mis ojos sobre la primera alfombra, el vendedor correspondiente vino solícito a invitarme a entrar. Cuando le pregunté el precio de la compra, hizo gestos para que me calmara, me propuso tomar asiento, y fue preparando su tetera humeante y un par de vasitos. Como entendí poco después, era su manera de decirme que allí no se negociaba ninguna compra sin antes compartir infusión.

Si el ritual del regateo ya me resulta poco estimulante, saberlo precedido de este otro teatro me provocaba escalofríos. Sin embargo, y por más que lo intenté, no logré convencer al comerciante de que, en mi caso, aquel agasajo no era la mejor estrategia comercial, y que mejor sería obviar la tradición y conducirnos de manera menos ceremoniosa.

El hombre, desconocedor de que un solo trago de aquel vaso me obligaría a obsequiarle un plato de cuscús a medio digerir sobre sus hermosos tapices, insistía en que bebiera. Yo, siempre con mis mejores modales, me negaba en redondo. Y así una y otra vez, sin que él comprendiera que estábamos ante un callejón sin salida.

Cuando vio que yo no estaba dispuesto a ceder, en lugar de saltar directamente a la operación comercial como yo esperaba, se mostró ofendido y me invitó a marcharme de su local. Su gestos eran ahora mucho menos amistosos que aquellos con los que me había recibido.

Enfrenté varias situaciones similares ese mismo día y durante los días siguientes, adquiriendo a cada nueva ocasión más soltura para sortear estos contratiempos. Así ha sido desde entonces, y a día de hoy puedo escabullirme de cualquier intento de invitación a té en cuestión de unos segundos, no siempre, eso sí, sin soliviantar el honor de mi anfitrión.

La vida del viajero enemigo del té es, como digo, un constante despliegue de toda clase de ardides y pequeños sacrificios para salir airoso de esta clase de trances. Si en una visita a Londres un flemático inglés me convida a merendar, dejaré el té enfriarse en su taza de porcelana y comeré medio kilo de pastas para que no dude de mi satisfacción. Si en mitad del invierno siberiano se me obsequia una taza de té hirviente para recuperar el calor, seré capaz de beber un litro de vodka para sustituir a la infusión y aun así mostrar agradecimiento. Y si alguien me invita en Japón a participar en la muy honorable ceremonia del té, directamente echaré a correr sin mirar atrás.

El té es bebida de amistad, y he de confesar que, a pesar del odio que me despierta, también a mí me ha ayudado a hacer grandes amigos. Cuando peregrino en solitario y veo que el destino va a ponerme frente a una taza de brebaje

infusionado, me apresuro a buscar compañía entre cuantos otros viajeros logro encontrar, para así poder compartir con ellos aquel episodio. Llegado el momento, disimularé ante la infusión a la espera de que mi compañero termine su bebida. Y entonces, con la celeridad y exactitud de un prestímano, tomaré su vaso ya vacío, lo colocaré frente a mí, y en su lugar pondré el mío aún lleno, efectuando tan flagrante cambiazo sin que nuestro anfitrión se dé cuenta de la operación. Así, ya digo, he forjado grandes amistades, concediendo a mis compañeros de viaje el disfrute de un segundo vaso, y pudiendo gracias a su impagable ayuda poder salir de esos entuertos sin probar ni una gota de tan desagradable pócima.

Muchas son las cosas que uno aprende viajando, y quizás la más importante sea saber apreciar en el regreso las cosas sencillas, los gestos cotidianos. Tras muchos viajes peleando contra toda clase de tés, tilas y manzanillas, tras enfrentarme a toda suerte de bebedizos, y tras no quedarme a veces más remedio que asumir el suplicio de probar las más variadas pociones, he aprendido a valorar los lugares en los que la amistad y la hospitalidad se expresan de la manera más pura y natural posible: ofreciendo al viajero el pequeño milagro de un simple vaso de agua fresca.

Los otros Caminos

A estas alturas de la historia, no debe quedar ni un solo pueblo en la geografía española (y parte de la extranjera) por el que no pase algún Camino de Santiago. En el mundo del turismo y los viajes, no se conoce una franquicia más exitosa y de tan rápida expansión como la de estas rutas sagradas, Cosa, por otra parte, que no habría de sorprender si se tiene en cuenta que su origen está en ese otro enorme y muy lucrativo franquiciado que abre iglesias allá donde se instala su marca.

Al Camino legítimo, el fetén, el clásico, se le han ido uniendo con el tiempo un sinnúmero de ramificaciones, a cual más sorprendente, y etiquetadas todas como tales en base a las excusas más peregrinas (en el sentido literal de la palabra). Si el alcalde de Alcanfor de las Polillas, insulsa aldea donde jamás se vio pasar a nadie que no fuera pariente inmediato de algún oriundo, o bien, en tiempos más recientes, que no fuera víctima de algún despiste del GPS de su automóvil, se

le antoja que su población ha de formar parte de tan distinguida red de caminos, pues así lo proclama y con eso basta. Un azulejo con una concha pegado en lugar prominente de la Plaza Mayor, una justificación de dudosa veracidad sobre por qué aquel rincón del país merece tal reconocimiento, y ya está el plan hecho.

Si esto del Camino de Santiago fuera una marca registrada, sucedería como con las malas imitaciones de bolsos y prendas, y veríamos florecer por doquier rutas alternativas cuyos recorridos, en lugar de venir marcados por una concha de vieira, lucirían una chirla o un berberecho. Pero como parece que a nadie importa que el Camino se reproduzca a voluntad y que cualquier miserable trocha quede investida de tal rango, España está llena de legítimos Caminos de Santiago, aun si por aquellas sendas no pasó jamás alma alguna con intención de llegar a Compostela.

Lo cierto es que, dejando a un lado su autenticidad, echarse a peregrinar por una de estas rutas alternativas es una opción maravillosa para descubrir el país de una manera tan diferente como atractiva. Si se decide a ello, bien sea por querer probar algo distinto o por guardar ridículas pretensiones de presumir más tarde sobre sus elecciones contracorriente, descubrirá ya en la primera jornada de marcha que aquello no es como le habían contado.

Toda esa camaradería de los peregrinos de la que tanto habrá oído hablar, mejor no se haga muchas ilusiones al respecto. No tendrá más compañía que el yermo panorama y

quizás una alondra curiosa. Y olvídese usted de esos madrugones innecesarios para arribar temprano a la siguiente etapa y no quedarse sin sitio en los albergues. Aquí podrá dormir a pierna suelta y nadie le disputará el sitio, porque raro será que se encuentre con algún semejante.

En realidad, aunque por ese recorrido circulara un gran contingente, tampoco se vería en la necesidad de pugnar con nadie por un catre en el que pasar la noche, ya que no hay tal cama que disputar. Además de por su menor afluencia, estos Caminos de segunda fila vienen muy faltos de infraestructura.

Y así el peregrino, sin más apoyo logístico que el de una rebanada de pan de molde que olvidó en el fondo de su morral, emprende la travesía del desierto lleno de incertidumbre y en absoluta soledad.

En cualquier caso así, qué experiencia es ir a ganar el Jubileo por estas sendas. Con el equipaje a cuestas, la infinita paramera al frente y la falta de compañía, descubre uno el territorio patrio con la sensación de ser un explorador de los de antaño abriendo una nueva ruta en mitad de la nada. La visión periódica de una de esas vieiras indicadoras es lo único que saca al caminante de su delirio y le devuelve a la realidad de estar en el Camino de Santiago, información que va recibiendo cada vez con más incredulidad.

Se sabe de pocos peregrinos que hayan llegado hasta el apóstol siguiendo una de estas vías. Quizás porque desisten a mitad del recorrido, o tal vez porque al llegar a la parte

final del camino, más poblada, se ven desbordados ante tal número de semejantes y ni siquiera se anuncian como tales peregrinos. Pudiera ser también que no se sepa de dónde acuden y por qué etapas han pasado, puesto que la cartillita de sellos tan típica de esta romería la traerán aún virgen. Como ya se dijo, infraestructuras hay pocas, y estaciones de sellado más bien ninguna.

Habiendo tantas variantes del Camino de Santiago, y estando todas ellas señalizadas de manera harto similar, también ha de acontecer a menudo que el peregrino confunda la ruta y acabe dando vueltas en círculo. O eso, o que acabe llegando a algún otro lugar de cierto renombre y atractivo, y allí decida que más vale quedarse y no continuar, que qué se le habrá perdido a él en Santiago, y que está tan harto de conchas que no volverá a probar una zamburiña en su vida.

David Peterson, periodista de Nuevo México que no se explica aún en qué momento le pareció buena idea recorrer el Camino de Santiago empezando desde mitad de un baldío de Badajoz, debió sufrir uno de tales depistes. No recuerda bien cómo sucedió, pero para cuando se dio cuenta estaba reservando habitación en un hotel por el que había pasado apenas una semana antes, y solo supo que daba vueltas en círculo cuando el recepcionista, asombrado ante la eficacia caminante del yanki, le felicitó por haber llegado tan rápido a Santiago y estar ya de vuelta.

Así lo recoge en el reportaje que a su vuelta escribió para *El Adelantado de Albuquerque*, donde se narran con todo

detalle las penurias de su epopeya, desde la sequedad y el calor bajo el que penaba cada día, hasta el local de alterne en las proximidades de Don Benito, donde, inocente él, hizo noche creyéndolo refugio de menesterosos caminantes. Confiesa con sinceridad que, en ese momento, ni el ambiente ni el personal del establecimiento le resultaron sospechosos. En su descargo se ha de decir que el señor Peterson aprendió español al otro lado de la frontera de su estado natal, en una estancia de juventud en Chihuahua, y que, siendo que allí el término tiene otras connotaciones, tal vez lo de seguir las conchas lo interpretara de manera distinta.

Ahí fuera está Caracas

En mi primera visita a Rusia, pasé un mes trabajando en un colegio en el que daba clases de inglés. Cuando mi anfitriona en aquella experiencia me acompañó la mañana después de mi llegada para presentarme al personal del colegio y dejarme ante mi primera lección, un corpulento guardia de seguridad me impidió la entrada al centro. Tuvo ella que explicarle quién era yo y a qué venía, y solo después de aquellas explicaciones accedió el vigilante a permitirme la entrada.

La muchacha, que debió verme sorprendido ante aquello, se apresuró a explicarme que la suya era una ciudad de lo más peligrosa, y que ello justificaba la necesidad de un guardia como aquel apostado a la entrada de toda escuela. Noté en ella un cierto orgullo, como si, a pesar de lo desagradable de la situación, se le hinchara el pecho al ver que la inseguridad ciudadana de su villa causaba inquietud en un foráneo co-

mo yo, y convenciéndose a sí misma de que tales niveles de peligrosidad eran algo impensable allá de donde yo venía.

Me abstuve de comentarle que lo del vigilante era probablemente una norma establecida sin demasiado criterio, y que, en todo caso, aquel hombre era más intimidante que eficaz. Pese a que por su atuendo militar se diría inseparable de un subfusil de asalto o arma de similar calibre, el objeto más contundente que tenía en su mesa era una tartera de plástico de la que comía una empanadilla recalentada.

Al terminar aquella primera jornada de clase, la chica vino a recogerme y quiso saber si yo necesitaba de su ayuda. Le comuniqué que lo único que quería era descansar un poco, tal vez echar una siestecita, y salir después a dar un paseo. Puso entonces un gesto de pánico y, sin dejarme apenas terminar la frase, insistió de nuevo en recalcar la naturaleza conflictiva del lugar.

—La ciudad es muy peligrosa —dijo lentamente para asegurarse de que yo entendía su advertencia—. No es buena idea pasear.

Y con el mismo aire orgulloso que antes, procedió a darme más detalles y me contó que aquella, aunque no lo pareciese, era la capital de la mafia rusa.

Yo no disponía en aquel tiempo de más rublos de los necesarios para tomar una ensaladilla rusa y algún trago de vez en cuando. Mi aspecto, fruto de una estudiada combinación de desidia estética y falta de cuidado, daba a entender además que mi capital era todavía más exiguo. Salvo que la

mafia de ese lugar fuera poco más que una panda de rateros apopléjicos, sería raro que tuvieran interés en alguien como yo, y es de suponer que, en caso de que fuera allí donde se concentrasen, andarían ocupados dando golpes de más enjundia.

No seguí los consejos de mi anfitriona y deambulé por aquella ciudad todo cuanto quise, tanto de día como de noche, y nunca tuve ni el más mínimo problema. Aquellas son, puedo decirlo ahora, algunas de las calles más tranquilas que yo haya visto nunca. Sin ánimo de quitarle a la pobre muchacha el orgullo que sentía, no le hice saber aquello y dejé que creyera que yo pasaba mis tardes encerrado en casa y agarrado a un cuchillo de cocina como medida de precaución.

Años después de aquello, me invitaron a un viaje de trabajo en Venezuela. La organización puso a mi servicio a un conductor que venía a recogerme a primera hora de la mañana y me devolvía a última hora de la tarde, de tal manera que todo mi tiempo allí lo pasaba o bien dentro del recinto del hotel, o bien en el edificio de oficinas donde se desarrollaba el trabajo.

El último día, no obstante, tenía unas horas libres desde el momento del desayuno hasta que viniera a buscarme mi transporte para llevarme al aeropuerto. Por aquel entonces, mi economía había progresado desde mis días de profesor en Rusia, aunque mi estilismo no le había ido a la zaga a mis ahorros. Es decir, que yo tenía algún que otro billete más

en el bolsillo, pero el mismo aspecto desaliñado y miserable de entonces, ante el cual ni el más necesitado ladronzuelo mostraría interés. Aun así, la recepcionista del hotel reaccionó igual que aquella muchacha rusa y puso cara de susto cuando le manifesté mi voluntad de salir a mover las piernas por las calles circundantes. Y seguidamente, se lanzó a perorar sobre los peligros que correría allá fuera, donde podía dar por seguro que una surtida caterva de malhechores me robaría de inmediato todas mis riquezas.

La miré con cara de no entender bien. No dudaba de sus palabras, pero yo seguía sin verme como una presa interesante para ninguna clase de delincuente. Como si aquella explicación tan prolija no fuera suficiente para concitar en mí el miedo que ella juzgaba deseable, la mujer optó por ser más concisa y apuntilló vehemente:

—Caballero, ahí fuera está Caracas.

No sé si la buena mujer tendría dudas acerca de mis conocimientos de geografía y tal vez sospechara que yo creía estar en Johannesburgo o en Varsovia, pero sus indicaciones no tuvieron mucho efecto. Le agradecí su consejo, le pedí que custodiara mi exiguo equipaje durante un rato, y me eché a las calles a dar un agradable paseo. Quizás fue una temeridad, no lo sé, pero por suerte volví sano y salvo sin sufrir ningún percance.

Dí un par de vueltas a la manzana, regresé al hotel, y esperé a que llegara mi taxi. Lo conducía un muchacho locuaz que, en cuando dejamos atrás aquel barrio y entramos en

otros de peor aspecto, se arrancó a detallarme los indices de criminalidad de cada vecindario con la misma pasión y exactitud con la que un americano te cuenta las estadísticas de bateo de su jugador de béisbol favorito.

—Aquí muere cada día más gente que en Irak —dijo para culminar su discurso apocalíptico.

Parecía una apreciación verosímil, y no puse en duda que las cifras fueran las que aquel taxista enunciaba, pero no acerté a entender el tono presuntuoso, casi chulesco, que una vez más acompañaba a esa clase de comentarios. La inseguridad nacional parecía ser un asunto de orgullo patriótico.

Saltemos ahora un par de años. De nuevo en Centroamérica, esta vez en Honduras, para colaborar con una universidad de Tegucigalpa. Era mediodía, y el conductor que vino a buscarme me dejó en un pequeño hotel familiar. Cuando bajé a sentarme junto a la piscina me di cuenta de que el recinto estaba rodeado por un horrendo muro de unos seis o siete metros de alto, coronado por una intimidante guirnalda de alambre de espino. Un cartel fluorescente informaba de que por la alambrada circulaban un montón de voltios.

A la mañana siguiente, intenté salir a hacer algo de ejercicio. Esta vez no fue la recepcionista del hotel, sino el vigilante que hacía guardia en la puerta, quien vino a amonestarme por mi temeridad. Y como viera que yo quizás tenía intención de salir de cualquier forma y no hacerle caso, me mostró la pistola que llevaba en el pantalón mientras me instruía sobre lo imperativo que era portar una de aquellas en ese

barrio. Esta vez no encontré orgullo en sus palabras, sino inquietud. Fue suficiente para convencerme.

El profesor de la universidad con el que trabajé confirmó que aquella había sido una sabia decisión cuando me contó que el había perdido en los últimos tres meses un par de ordenadores portátiles, uno de ellos en un atraco a punta de pistola mientras esperaba un semáforo. No menos elocuente fue salir a cenar dos noches después, cuando en el camino de regreso nuestro conductor pisó de pronto el acelerador a fondo y recorrió la ciudad sin detenerse en ningún cruce.

—Había una moto detrás. La gente no sale en moto por la noche, solo los atracadores. Si nos hubiera alcanzado habría que haber usado esto —explicó al aparcar mientras nos enseñaba la pistola que llevaba bajo el asiento.

Yo, que un minuto atrás lo creía un maníaco del volante y estaba decidido a decirle algunas palabras malsonantes por aquella conducción temeraria, ahora casi tenía ganas de abrazarle.

Aunque había quedado claro que correr por el vecindario no era una buena idea, tuve ocasión de caminar un poco cuando la organización me llevó días después a una pequeña ciudad a un par de horas de viaje. Allí, según me dijeron, uno no se jugaba el pescuezo dando un simple paseo. A pesar de ello, me aclararon que más al norte la cosa cambiaba y allí ya todo volvía a ser tanto o más peligroso que en la capital. Y para darle credibilidad a aquellas palabras, me contaron la siguiente historia:

Un conocido de mis anfitriones tenía un familiar de talante emprendedor que había probado fortuna en el negocio de los transportes. Con los ahorros que tenía, había comprado un camión con el que llevar de un lado a otro del país cajas de langostinos (allí llamados «camarones»), un producto que se exporta después al mercado europeo. La ilusión del hombre, sin embargo, había quedado truncada cuando, en su primera expedición, cometió el error de cruzar una de esas zonas conflictivas y fue asaltado. Perdió en un solo envite la carga y el vehículo.

—Pensaron que los camarones eran empanados, y así, claro... —dijo quien narraba la historia como si aquello lo explicara todo.

Yo no acertaba a entender que un poco de rebozado barato fuera la causa de tal desgracia, pero al verme con cara de estar perdido, me aclararon el asunto: en la jerga local, se denomina «empanado» al envió que, entre cada dos bandejas de crustáceo, lleva intercalada una de cocaína.

De los profesores con los que trabajé en Tegucigalpa, dos vinieron de visita a España meses después, donde fue entonces mi turno de oficiar como anfitrión. Se dijeron encantados de estar allí, y cuando se les preguntaba por lo que más les gustaba de nuestro país, no hablaban del clima o la comida. Lo que más valoraban era poder pasear a cualquier hora del día sin preocupaciones. Esa y no otra era para ellos la mayor riqueza de aquella pequeña ciudad extremeña que les acogía.

Un día, cuando íbamos a salir a tomar café, me di cuenta de que uno de ellos escondía su cartera en un bolsillo interior del pantalón, y que además separaba parte del dinero en otro lugar. A pesar de sentirse más seguro que en casa, seguía manteniendo esa clase de precauciones antes de salir a la calle.

—No sabe uno lo que puede pasar ahí fuera —me dijo entre risas al ver que yo le miraba, como justificándose.

Me acordé de aquella recepcionista de hotel en Venezuela y de sus advertencias. Y en honor a ella, puse una cómica voz de indignación y reprendí a mi acompañante por mostrar aquella falta de confianza:

—Caballero, ahí fuera está Plasencia —le dije.

Índice

Página

Libros y lecturas
1 La topografía de la belleza 1
2 Una ciudad, un libro y el gozo del disgusto. 5
3 Contratapa 9
4 Informe de Moscú 13
5 Viajar sin un rublo 17

Relatos y crónicas
6 Lenguas ajenas 23
7 Apuntes sobre el rigor cartográfico 31
8 Aislamiento 39
9 Las heridas del territorio 45
10 Rita 49

11 Sretenka 9 53
12 Hierbas 57

Viñetas personales
13 Lazadas 63
14 Lección de flamenco 67
15 Por el nombre 71
16 Mi mejor fotografía 75
17 Gané la luz 79

Opinión
18 La izquierda más allá del comandante 87
19 Eureka 91
20 De pudores y creaciones 95
21 Je suis Charlie 99
22 Conservatorios 103
23 En la dirección equivocada 107

Humorísticos
24 El inodoro soviético 113
25 India en tres lecciones y una coda 119
26 Campo de nabos 129
27 El tormento del té 135
28 Los otros Caminos 141
29 Ahí fuera está Caracas 147